

Las sirenas, o la inmortalidad de un mito (una visión comparatista)

José Manuel PEDROSA
*Universidad de Alcalá **

Resumen: Las sirenas son uno de los mitos más fascinantes y perdurables de los que pueblan el imaginario humano. Este artículo revisa su cronología y su geografía, desde los orígenes hasta hoy. Y estudia sus versiones en la literatura oral y en la literatura escrita.

Palabras clave: Sirenas; mitología; literatura oral; literatura escrita; cuento; leyenda.

The sirens, or the immortality of a myth: a comparative review

Abstract: Sirens and mermaids are one of the most fascinating and enduring of the myths that live in human imagination. This article reviews its chronology and geography, from its origins to today. And it studies versions in oral literature and written literature.

Key words: Sirens; mermaids; mythology; oral literature; written literature; folk tale; folk legend.

Este artículo fue publicado por primera vez dentro del volumen colectivo *El libro de las sirenas*, edición de José Manuel Pedrosa, Roquetas de Mar: Excmo. Ayuntamiento, 2002, pp. 29-99. Fue aquel un libro que tuvo una difusión solo local, que está completamente agotado desde hace mucho tiempo, y que muchas personas e investigadores me dicen que buscan de manera infructuosa. Esa es la razón que me ha llevado a confiarlo a estas páginas que, con gran amabilidad, me ha ofrecido la *Revista Murciana de Antropología*. He preferido no introducir modificaciones, a pesar de que, en los trece años que han transcurrido desde su primera publicación, han aparecido novedades bibliográficas tan importantes como la hermosa monografía de Carlos García Gual, *Sirenas: seducciones y metamorfosis*, Madrid: Turner, 2014, un libro que yo mismo he reseñado en la revista electrónica *E-Humanista* 28, 2014, pp. 817-821.

* Email: josem.pedrosa@uah.es

LAS SIRENAS DE BORGES Y LAS SIRENAS DE HOMERO

«Sirena: supuesto animal marino, leemos en un diccionario brutal».¹ Con esta cita concluía la definición que de la sirena dieron Jorge Luis Borges y Margarita Guerrero en su *Manual de zoología fantástica* (1957). Habían comenzado por un intento de descripción mucho más matizado y complejo, que no pudo librarles de desembocar en tal cita «brutal»:

A lo largo del tiempo, las sirenas cambian de forma. Su primer historiador, el rapsoda del duodécimo libro de la *Odisea*, no nos dice cómo eran; para Ovidio, son aves de plumaje rojizo y cara de virgen; para Apolonio de Rodas, de medio cuerpo arriba son mujeres y, abajo, aves marinas; para el maestro Tirso de Molina (y para la heráldica), «la mitad mujeres, peces la mitad». No menos discutible es su género: el diccionario clásico de Lemprière entiende que son ninfas, el de Quicherat que son monstruos y el de Grimal que son demonios.²

En estos dos intentos de definición –una simple y concluyente, otra cambiante y dubitativa– puede resumirse la complejidad del concepto, del aspecto y de la representación de las sirenas, que si por un lado han mantenido un inconfundible «aire de familia» a lo largo de muchos siglos y a lo ancho de muchas tierras, por el otro han ido también acumulando rasgos tan variados, tan cambiantes y a veces tan pintorescos como las voces, los paisajes y las épocas en cuyas tradiciones se han aclimatado.

Una descripción simple y sintética –aunque seguramente insuficiente– de una sirena debería apuntar que se trata de un

...ser fabuloso, protagonista de leyendas conocidas desde la antigüedad hasta hoy, al que se representa con cabeza o tronco de mujer humana y hermosa, y con extremidades inferiores como las de las aves o los peces.

Las sirenas son seres esencialmente marinos, aunque a veces se asocian también a los ríos e incluso a las fuentes y pozos. Su carácter moral suele ser considerado negativo y perverso, y se las asocia comúnmente con la seducción de jóvenes marinos a los que atraen a costas peligrosas para que naufraguen y mueran en ellas. La mayoría de las leyendas atribuyen a las sirenas voces dulces y melodiosas, grandes habilidades para tañer instrumentos musicales, y cabellos largos (en ocasiones verdes) que peinan cuidadosamente (con peines a veces de oro). Se las considera muy hermosas, y se las suele representar como portadoras de espejos con los que vigilan permanentemente su aspecto.³

1 Jorge Luis BORGES y Margarita GUERRERO: *Manual de zoología fantástica*, México: Fondo de Cultura Económica, reed. 1984, p. 142.

2 BORGES y GUERRERO: *Manual de zoología fantástica*, p. 140.

3 José Manuel PEDROSA: «Sirena», *Enciclopedia Universal Multimedia*, Madrid: Micronet, diversas ediciones en CD-Rom.

Aunque las sirenas griegas y, en concreto, las que inmortalizó la maravillosa *Odisea* homérica, se identifican con las expresiones más célebres y canónicas de estos seres, y con el modelo sobre el que se configuraron muchas otras figuras de sirenas (sobre todo en el mundo occidental), el mito de las sirenas ha vivido durante milenios en muchas otras tradiciones culturales, a veces al margen, o relativamente al margen, de la influencia occidental. Es bien sabido, en cualquier caso, que, antes de ser atestiguadas en Grecia, los babilonios daban culto a un dios-pezu llamado Oanes, que era representado como una deidad –benéfica– con cuerpo humano y cola de pez; y que los fenicios adoraron también a la diosa Atargatis, de aspecto similar, pero íntimamente relacionada, igual que las sirenas, con la atracción sexual, la perversidad y la muerte.

Las sirenas documentadas en innumerables tradiciones literarias –desde España a China o desde Perú a Filipinas– a las que atenderé yo en este estudio, y las sirenas de Níger, de Benin, de Madagascar, o de los indígenas tehuelches, mapuches y chilotas de Chile y de la Argentina sobre las que tratan partes diversas de este libro, serán ejemplos reveladores de la universalidad sin fronteras de las creencias en estos seres míticos.

Pese a su innegable universalidad, ningún acercamiento a estos mágicos seres puede olvidar la tradición griega, que acuñó de forma indeleble algunos de los rasgos con que han seguido siendo imaginadas y representadas las sirenas durante milenios:

Las informaciones que se tienen sobre las sirenas griegas son abundantes pero confusas, y, en ocasiones, muy contradictorias. Homero, en el canto XII de *La Odisea*, sugiere que las sirenas eran dos, aunque otras tradiciones defendían que eran tres. Platón, por su parte, creía que eran ocho. Los datos sobre sus nombres son igualmente confusos. En un vaso de cerámica que contiene una representación de ellas aparece el nombre de Imeropa. En otras fuentes se documentan diversas tríadas de nombres: por un lado, Thelxinoe, Aglaope y Pasinoe; por otro, Partenope, Leucosia y Ligea. Otros nombres que se les atribuyeron fueron los de Telés, Raedné, Molpé y Thelxiope. Los once nombres que se conocen de ellas son posiblemente expresión de diversas tradiciones locales, ya que se sabe que algunos de ellos tuvieron vinculaciones muy específicas con lugares diversos. Así, Partenope se halla estrechamente asociada a la fundación legendaria de la ciudad de Nápoles.

Tampoco hay demasiado acuerdo, en las fuentes griegas antiguas, sobre la genealogía de las sirenas, lo cual avala que sus orígenes tradicionales venían de muy atrás. Platón defendió que las sirenas eran hijas de las divinidades marinas Phorkys y Keto, hermano y hermana unidos entre sí por una relación incestuosa de la que nacieron otros monstruos como Escila, Echidna y las Graias. Pero la mayoría de las fuentes antiguas consideran a las sirenas como hijas de Achelos, una de las más arcaicas divinidades griegas. Sobre su madre, hubo autores que señalaron que eran hijas de Calíope, la musa de la poesía épica, o bien de Terpsícore, la musa de la poesía satírica y de la danza. Y otras apuntan, en cambio, hacia Stérope, una mujer de la región de Etolia por la que discurría el río Acheloo.

Otra leyenda dice que las sirenas nacieron de tres gotas de la sangre de Aqueloo caídas al suelo cuando Hércules cortó al dios fluvial uno de sus cuernos.⁴

La descripción literaria más famosa de las sirenas es, sin duda, la que hizo Homero en el canto XII de *La Odisea*, que muestra las andanzas de Odiseo (Ulises) recién liberado, junto con sus compañeros, de la isla donde les había retenido la maga Circe. Sabedores del peligro de escuchar el canto de las sirenas –quienes en vez de placeres eróticos, como suele creerse, prometían conocimientos sin límites– y de ser atraídos hacia las rocas contra las que ellas querrían estrellarles, Odiseo tramó la estrategia de tapar con cera los oídos de sus compañeros, y de hacer que le atasen a él al palo mayor de su nave, lo que le permitió ser el primer hombre que escuchó el canto de las sirenas al tiempo que se salvaba de la muerte:

Ya distaba la costa no más que el alcance de un grito
y la nave crucera volaba, mas bien percibieron
las Sirenas su paso y alzaron su canto sonoro:
«Llega acá, de los dánaos honor, gloriosísimo Ulises,
de tu marcha refrena el ardor para oír nuestro canto,
porque nadie en su negro bajel pasa aquí sin que atienda
a esta voz que en dulzores de miel de los labios nos fluye.
Quien la escucha contento se va conociendo mil cosas:
los trabajos sabemos que allá por la Tróade y sus campos
de los dioses impuso el poder a troyanos y argivos
y aun aquello que ocurre doquier en la tierra fecunda».

Tal decían exhalando dulcísima voz y en mi pecho
yo anhelaba escucharlas. Frunciendo mis cejas mandaba
a mis hombres soltar mi atadura; bogaban doblados
contra el remo y en pie Perimedes y Euríloco, echando
sobre mí nuevas cuerdas, forzaban cruelmente sus nudos.

Cuando al fin las dejamos atrás y no más se escuchaba
voz alguna o canción de Sirenas, mis fieles amigos
se sacaron la cera que yo en sus oídos había
colocado al venir y libraronme a mí de mis lazos.⁵

Aunque las de Homero son, sin duda, las más famosas sirenas de la antigüedad y de cualquier época, muchas otras fuentes clásicas ampliaron o desarrollaron –y, por supuesto, variaron– los datos y creencias que existían sobre ellas. Especial interés tiene el modo en que evolucionó su imagen a lo largo de los siglos: consideradas en tiempos arcaicos como mezclas de seres humanos (en

4 PEDROSA: «Sirena», *Enciclopedia Universal Multimedia*.

5 HOMERO: *Odisea*, ed. J. M. Pabón, Madrid: Gredos, 1993, canto XII, vs. 181-200, pp. 290-291.

ocasiones varones) y de aves, hubieron de pasar los siglos antes de que se consolidase su modo de representación más habitual, como mujeres jóvenes con el cuerpo inferior en forma de pez:

También a Apolonio de Rodas y al libro IV de sus *Argonáuticas* se debe otro de los más célebres relatos antiguos sobre las sirenas. En él se describe cómo, tras haberse hecho con el mítico Vellocino de Oro, Jasón y sus compañeros argonautas llegaron al mar de las sirenas, cuyo canto pudieron soportar gracias a que el músico Orfeo, que les acompañaba en el viaje, pudo cantar al mismo tiempo que ellas, lo que hizo olvidar a la argonautas la fascinación del canto de las sirenas. Según una tradición, sólo uno de los marinos, Bute, fue hechizado por el canto de los fascinantes monstruos, aunque fue salvado en último extremo por Afrodita. Algunas leyendas cuentan que, después de aquel suceso, enormemente frustrante para ellas, las sirenas se arrojaron al mar desde un acantilado y se mataron. Según otras, cuando se suicidaron fue tras la burla del paso de Odiseo frente a sus costas.

Aunque la opinión actual más extendida es que las sirenas eran monstruos con las extremidades superiores de mujer y las inferiores de pez, lo cierto es que toda la iconografía y las tradiciones antiguas las representan con cuerpos y extremidades inferiores de ave. Homero no describió su apariencia física, pero otros testimonios literarios, así como innumerables vasos cerámicos, esculturas y representaciones griegas, las describen con cabeza humana y el resto del cuerpo en forma de ave. De hecho, la iconografía de los años 700-600 a. C. las representa como pájaros demoníacos, con cuerpo y patas de pájaro y cabeza humana que a veces podía ser de mujer con cabello largo, y otras veces de hombre con barba. Hacia el año 500 a. C. se extinguen las representaciones con aspecto masculino, y se refuerza la apariencia femenina, con el desarrollo incluso de pechos prominentes. Con el tiempo se reforzaría todavía más este gradual proceso de conversión del tronco del monstruo en tronco de mujer: además de los pechos, irían apareciendo cuello y brazos femeninos, aunque durante muchos siglos seguirían todavía predominando las patas de pájaro. El arte etrusco, fuertemente influido por el griego, representaría las sirenas con dos alas membranosas y dos patas de ave posteriores. Para Apolonio de Rodas, las sirenas tenían forma de mujer de medio cuerpo para arriba, y de aves marinas de medio cuerpo para abajo. Y, para Ovidio, eran aves de plumaje rojizo y cara de vírgenes.

Leyendas muy variadas y pintorescas han intentado explicar este hecho. Ovidio aseguró que las sirenas eran compañeras de juegos de Perséfone, la hermosísima diosa, hija de Démeter, que fue raptada y llevada a los infiernos por Hades. Tras el rapto, ellas mismas decidieron transformarse en pájaros para poder buscar mejor a su compañera. Según otras versiones, habría sido Démeter quien, enfurecida, las habría convertido en pájaros en castigo por no haber sabido impedir el rapto de su hija. Según otras fuentes, fue Afrodita quien convirtió a las sirenas en aves por haber mostrado reiteradamente su rechazo a la llamada del amor. Existen leyendas, además, según las cuales las sirenas no podían volar, pese a tener alas. Ello se explicaba como un castigo a su orgullo, pues en cierta ocasión decidieron competir con su canto y sus habilidades musicales contra las Musas. Tras la derrota de las sirenas, las vencedoras las desplumaron y las condenaron a no poder volar.⁶

6 PEDROSA: «Sirena», *Enciclopedia Universal Multimedia*.

LA APARICIÓN DE LA COLA DE PEZ

Habría que esperar al final de la antigüedad y a los inicios de la Edad Media para que –a partir sobre todo de los siglos VIII y IX– la iconografía de las sirenas comenzase a dejar ver colas de pez, todavía muy minoritarias en relación con las representaciones con alas de pájaro:

Entre las explicaciones que se han dado de este hecho figura la influencia de la figura mitológica de Oannes, monstruo híbrido con forma de hombre y de pez, símbolo al mismo tiempo del mar y de la sabiduría, que tras el diluvio habría enseñado a los hombres diversas artes, técnicas y ciencias. También pudo influir la figura del bíblico Jonás, que tras ser engullido por el monstruo marino y devuelto a la tierra, desarrolló dotes proféticas como las que se atribuyeron ocasionalmente a las sirenas.

Todavía el *Physiologus* medieval afirmaba que las sirenas «son animales marinos mortíferos que atraen con sus voces, cuya parte superior hasta el ombligo presenta forma humana, y del ombligo para abajo, de volátil». Pero, en el arte románico, la cola de ave comenzó a tener desarrollos muy complejos o a ser sustituida, cada vez con más frecuencia, por elementos decorativos vegetales y por colas de pez o de serpiente. En el claustro románico de Santo Domingo de Silos (Burgos) han quedado esculpidos tres tipos de representación diferentes. En un capitel del claustro bajo hay una sirena con cabeza de mujer cornuda, boca de la que salen serpientes, largo pelo, cola de ave y patas de chivo. Otro relieve, cronológicamente algo posterior, representa a una sirena con cabeza de mujer, cabello rizado, gorro frigio, cuerpo de ave, cola de reptil y pezuñas de chivo. El tercer tipo está esculpido en el claustro alto: aquí aparece la sirena con cabeza de mujer, cuerpo y patas de ave, y alas extendidas. Otros muchos relieves románicos más tardíos, y también los góticos, irían incrementando gradualmente las representaciones de las sirenas con colas de pez y no de ave.⁷

Hoy en día, la representación de la sirena con cola de pez ha llegado a imponerse casi por completo. Conozcamos, a título de ejemplo, cómo es descrito uno de estos seres en una de las casi treinta leyendas acerca de sirenas que recogió la gran investigadora Berta E. Vidal de Battini a lo ancho de casi toda la geografía tradicional argentina –en este caso, en la provincia de Jujuy–:

En la Quebrada del Encanto hay una piedra cuadrada, rodeada completamente de agua. Allí muchos años antes salía una mujer rubia, con una hermosa cabellera, y se sentaba allí a cantar y tocar la guitarra, con los pies dentro del agua, y todo el que la oía, se encantaba. Esta mujer tan linda *si* ocupaba de encantar a los mozos y muchos dicen *qui* han *cáido* en la laguna y no los han visto más. Dicen que la parte de abajo es como un pescado.

7 PEDROSA: «Sirena», *Enciclopedia Universal Multimedia*.

Ésa es la madre del agua. Tiene, dicen, un palacio abajo, *áhi* lleva a los mozos. Todo es de encanto. Por eso se llama La Quebrada del Encanto y todos tienen miedo de entrar en la quebrada.⁸

En cualquier caso, las representaciones de sirenas con extremidades de ave tampoco han llegado a extinguirse por completo. Un poeta que evocó obsesivamente a las sirenas en sus versos, el vanguardista francés Guillaume Apollinaire, todavía las asociaba o las describía con aspecto de aves en dos poemas de su libro *Alcoholes* (1913):

De los trémulos vientos de primavera
bogaba cisne agónico sirena.⁹

Sirenas hacia vuestras grutas
me arrastré la lengua le sacabais al mar
bailando ante sus caballos
luego aleteabais como ángeles
y esos coros enfrentados yo escuchaba

Un arma oh mi inquieta cabeza
una desflorada rama agito
para apartar el tibio aliento
que contra mis alaridos exhalan
vuestras terribles bocas mudas

Allá a lo lejos la maravilla se encuentra
a su lado nada valéis vosotras
de mis heridas mana la sangre
por mi apariencia y yo confieso
el crimen de mi doble orgullo

.....
Sirenas por fin desciendo
en una ávida gruta Amo
vuestros ojos Resbaladizos son vuestros peldaños
qué enanas a lo lejos os volvéis
a ningún caminante ya atraéis

.....
Pájaros al mar le sacabais la lengua
el sol de ayer me ha alcanzado

8 Berta E. VIDAL DE BATTINI: *Cuentos y leyendas populares de la Argentina VIII*, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas-Ministerio de Educación y Justicia, 1984, núm. 2057, p. 413.

9 Guillaume APOLLINAIRE: *Alcoholes. El poeta asesinado*, ed. J. I. Velázquez, Madrid: Cátedra, 2001, p. 169.

nos ensangrentan las heridas
 en el nido de las sirenas lejos
 del tropel de oblongas estrellas.¹⁰

LAS SIRENAS EN EL OCCIDENTE CRISTIANO

Si los cantos de las sirenas no alcanzaron a hechizar a los navegantes que acompañaron a Ulises, sus figuras y representaciones sí que fascinaron a numerosos filósofos de la antigüedad, empezando por Pitágoras y por Platón, quienes defendieron que las sirenas y su canto simbolizaban la armonía de las esferas. Esta teoría llegó a gozar de tal predicamento que algunos autores del primer cristianismo defendieron que tales seres eran entes prefiguradores de los ángeles, con los que tenían en común las habilidades musicales y la capacidad para conducir las almas hasta el más allá después de la muerte:

La tendencia general del cristianismo fue, sin embargo, la de considerar a las sirenas como seres intrínsecamente negativos, simbolizadores del mal, de la atracción sexual, de la lujuria, de la carne y del mundo. Autores como Clemente de Alejandría pusieron mucho énfasis sobre esta dimensión. Una tradición cristiana consideraba que las sirenas eran las mujeres de los ángeles rebeldes expulsados del Paraíso a la tierra. San Isidoro, en sus *Etimologías*, comenzaba afirmando que las leyendas decían que las sirenas eran tres seres, mitad mujeres y mitad aves, grandes cantoras y músicas, que atraían a los navegantes hacia rocas donde naufragaban. Sin embargo, él creía que tras estos relatos se escondía en realidad la figura de prostitutas profesionales que, tras expoliar a los marineros de su bienes, les obligaban a simular naufragios para justificar sus pérdidas materiales. En la misma obra hacía mención el gran sabio medieval a las creencias en una clase de sirenas voladoras, muy rápidas y venenosas, que habitaban en Arabia.¹¹

La popularidad y el arraigo de las leyendas, de las creencias y de las representaciones de sirenas no conoció pausa durante la Edad Media ni durante la Edad Moderna –y seguramente puede decirse, como veremos, que tampoco durante la época actual–. Su creencia llegó a admitirse como algo obvio y natural en el confusamente cristiano Occidente medieval, y alguna hubo que llegó a metamorfosearse... ¡en santa!:

Una de estas leyendas se localiza en torno al año 558, en el que unos pescadores de Belfast Lough (Irlanda) habrían apresado una sirena con cola de salmón que se llamaba Liban, «hija de Eochaidh». Según la tradición, la sirena habría sido exhibida en una pece-
 ra durante más de trescientos años, hasta que unos monjes que se compadecieron de ella

10 APOLLINAIRE: *Alcoholes. El poeta asesinado*, pp. 278-283.

11 PEDROSA: «Sirena», *Enciclopedia Universal Multimedia*.

la bautizaron. Muy poco después, la sirena murió, y el pueblo la convirtió en una especie de santa, a la que se conoció como Santa Murguen y se atribuyeron numerosos milagros.

Las crónicas y los libros de viajes medievales de toda Europa están llenos también de historias de sirenas. Se contaba, por ejemplo, que una expedición de cruzados ingleses que fue desviada hacia las costas asturianas por una tempestad en 1147 oyó nítidamente las voces, los gritos y las risas de sirenas. También fue muy célebre el caso de la sirena de Harlem, que fue encontrada por unos muchachos varada en un dique, hacia el año 1403. Según las crónicas de la época, aunque nunca aprendió a hablar, sí pudo aprender a hilar y a respetar la cruz, hasta que murió en su pecera al cabo de diecisiete años. Otras leyendas dicen que en 1658 fueron encontradas más sirenas en la desembocadura del río Dee, en Escocia. En 1728, el gobernador británico de las islas Molucas aseguró que había visto cómo algunos marineros de la costa de Borneo habían atrapado una sirena que se negó a comer y murió, en consecuencia, al cabo de cuatro días. En el año 1869, varios marineros aseguraron que habían contemplado una sirena en la costa de las islas Bahamas, que se había comido las naranjas que le arrojaron, y que resistió con éxito todos sus intentos para atraparla.

En 1755, el escritor francés Benoît de Maillet publicó un tratado sobre las sirenas que demostraba la vigencia de sus leyendas en todo el mundo, incluidas África, Asia y América.¹²

LA MALDICIÓN DE LAS SIRENAS (ENTRE MELUSINA Y EL PEZ NICOLÁS)

Las leyendas sobre sirenas han sido recogidas de manera tan abundante, a lo largo de los tiempos y a lo ancho de innumerables países, que resultaría complicado establecer una tipología o intentar una ordenación precisa de las mismas. Sí que es posible, en todo caso, agrupar muchas de estas leyendas en torno a dos núcleos argumentales que se repiten tantas veces, en tiempos y lugares tan diferentes, que podría afirmarse que constituyen ciclos narrativos específicos y con características propias. Se trata de las leyendas que intentan explicar el origen de las sirenas a partir de una maldición de su padre o de su madre; y de las que describen la dificultad o la imposibilidad de la unión entre dos tipos de seres que, a fin de cuentas, pertenecerían a dos especies irreconciliablemente distintas: la de las sirenas y la de los humanos.

Atendamos ahora al primer gran ciclo de leyendas.

Uno de los tópicos más frecuentemente asociados a las sirenas, desde la Edad Media y en innumerables tradiciones de todo el mundo, es el de que deben su apariencia a una maldición que su padre o su madre debió de lanzar, por alguna grave falta cometida, contra ellas. El motivo está presente en todo el ciclo narrativo de *Melusina*, una especie de sirena de tierra adentro y –por lo general– con cola no

12 PEDROSA: «Sirena», *Enciclopedia Universal Multimedia*.

de pez, sino de serpiente, que se convirtió, en la Edad Media e incluso en la Moderna, en protagonista de gran cantidad de relatos y de narraciones que vieron la luz en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en España y en otras tradiciones europeas, hasta el extremo de que sus ecos han llegado hasta la tradición oral moderna.¹³ Lo que se conoce como «leyendas melusinianas» cuenta, incluso, con venerables y tempranísimos paralelos en el *Mahabharata* indio o en el *Rig Veda*.

El más célebre de los escritos «melusinianos» es el llamado *Roman de Mélusine* escrito en francés por Jean d'Arras en el siglo XIV. Relata cómo el hada Presina se casa con el rey Elinás de Escocia, y cómo éste incumple la condición que le había impuesto su esposa para seguir con él. La consecuencia de esta transgresión es la maldición del hada, que abandona a su marido y se lleva con ella a sus tres hijas, Melusina, Melior y Palestina. Éstas, indignadas contra su padre, le encierran en el interior de una montaña, pero su madre, indignada por aquel acto, las maldice. Y el castigo que recae sobre Melusina es justamente el de convertirse en un monstruo híbrido de mujer y de serpiente:

—A partir de hora, Melusina, te convertirás todos los sábados en serpiente del ombligo para abajo; si encuentras a un hombre que te quiera tomar por esposa, debe prometerte que no te verá ningún sábado, y si te descubre, que no lo revelará a nadie: así vivirás normalmente, como cualquier mujer, y morirás de forma normal. Sea como sea, de ti descenderá un noble linaje, que realizará grandes proezas. Pero si eres abandonada por tu marido, volverás al tormento de antes hasta que llegue el día del Juicio Final; aparecerás tres días antes de que cambie de señor la fortaleza que construyas y que llevará tu nombre, y también se te verá cuando algún descendiente de tu estirpe vaya a morir.¹⁴

Melusina seduce después a Remondín, que había matado de forma involuntaria a su tío, el conde de Poitiers, y tendrá con él hijos valerosos. Pero un día Remondín incumple la norma de no asistir a la metamorfosis de su mujer, y Melusina se transforma en serpiente alada, mientras que el esposo se retira a un yermo. Según ciertas leyendas francesas, diversas casas nobles descenderían o estarían emparentadas con su linaje.

El viejísimo motivo literario «melusiniano» de la maldición paterna o materna es compartido por numerosas leyendas acerca de sirenas que se han documentado en todo el mundo. Así, en Portugal se cree que:

13 Véase al respecto José Ramón PRIETO LASA: *Las leyendas de los señores de Vizcaya y la tradición melusiniana*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal, 1995. Y también Jeanne Marie BOIVIN y Proinsias MAC CANNA, eds.: *Mélusines continentales et insulaires*, París: Honoré Champion, 1999.

14 Jean d'ARRAS: *Melusina o la noble historia de Lusignan*, ed. C. Alvar, Madrid: Siruela, 1982, p. 8.

...la sirena era una muchacha que andaba siempre metida en el agua, y la madre le echó esta maldición: «Que te hagas pez». Y se convirtió en pez de la cintura para abajo.¹⁵

En Asturias también se han recogido leyendas que relacionan con una maldición el origen de las sirenas:

Pues, señor, que Serena era una moza con un único defecto: linda como un sol, esbelta como un mimbre, cantarina como un pájaro; pero tan aficionada a correr los peñascos de la mar a la busca de mariscos, que tenía a su madre como loca...

—¡Por Dios, mujer!—la suplicaba ésta cuarenta veces al día—, estáte quieta en casa unos momentos, que te pasas la vida entre las peñas!...

¡Pero ella como si no!... Tanto, que su pobre madre acabó por decirle una mañana:

—¡Así permita Dios que te hagas pez!...

Y al meterse en el agua aquella tarde para coger un percebe, sintió Serena ganas de nadar. Y al tenderse en el agua para hacerlo, vio sus piernas hechas cola, se tocó las escamas, y dio un grito: ¡ya estaba cambiada en pez, como su madre le pidiera a Dios en un momento de furia!... Mas no tardó en consolarse revolcándose en el agua, y sentándose en las rocas, y cantando dulcísimas canciones, y a veces engañando a los mortales atraídos por su voz, y vengando de ese modo la maldición de su madre...

Esto le pasó a Serena, y esto es lo que condensa la coplilla:

La sirena de la mar
es una moza gallarda,
que por una maldición
la tiene Dios en el agua...¹⁶

En Cantabria han abundado también este tipo de creencias en alguna maldición que habría dado origen a las sirenas:

Una joven muy linda, de cutis blanquísimo, prodigiosa esbeltez y cantarina en extremo, tenía irresistible afición a recorrer los acantilados o escarpes más peligrosos para pescar mariscos y también para satisfacer sin tasa su apasionada propensión a cantar escogidas arias.

Fue reprendida repetidas veces por su madre para evitarle una posible desgracia y para que moderase sus ininterrumpidas cantinelas. Pero la chica, haciendo oídos de mercader, nunca tomó en cuenta las amonestaciones maternas. Por el contrario, empecinada y presa de deleitación, la enmienda no llegaba, limitándose a recordarlas como si fuesen triviales bagatelas. Y burlona o inconsciente solía tararear cancioncillas sobre los peñascos, embriagada de euforia.

Pero la madre, cansada y harta de tan tenaz desobediencia y avezamiento, le lanzó en un momento de arrebato la siguiente maldición:

15 Traduzco de José LEITE DE VASCONCELOS: *Emografia Portuguesa* VII, Lisboa: Imprensa Nacional-Casa da Moeda, reed. 1980, p. 539.

16 Constantino CABAL: *Los dioses de la vida*, Madrid: Talleres Voluntad, 1925, pp. 37-38.

—¡Así permita el Dios del cielo que te vuelvas pez!

Convirtiéndose, en su inmediata escapada a los acantilados, en una bellísima mujer pero con cola de pescado en vez de piernas.

De este acontecimiento o embuste legendario debió surgir, aventada por las resonancias de bigaros marinos, una variedad del relato mencionado que cuajó en nuestras costas atribuyendo a la madre de una castreña muy hermosa aquellas reiteradas advertencias para refrenar su imprudencia frecuentando los lugares más arriesgados para pescar.

La sirenita del mar
es una moza muy maja
que por una maldición
la tiene Dios en el agua.¹⁷

El tópico de la maldición de las sirenas no se halla sólo presente en la literatura tradicional. El hermoso poema *El rey del mar*, uno de los varios que contienen referencias a las sirenas dentro del poemario *Marinero en tierra* (1924) de Rafael Alberti, evoca el mismo motivo:

Los marineros lo han visto
llorar, por la borda, fiero.

¡Por las sirenas malditas,
matádmelo, marineros!

Que él quiere ser rey del mar
y yo también quiero serlo.¹⁸

El motivo de la maldición de la sirena nos lleva a evocar la figura de un curiosísimo «sireno» masculino, el llamado Pez Nicolás, un joven que supuestamente cayó en cierta ocasión al mar y se quedó a vivir para siempre en él. Su leyenda —que según algunos investigadores tiene su origen en la tradición del sur de Italia— fue bien conocida desde tiempos muy antiguos, como prueban sus citas y comentarios en la *Silva de varia lección* (1540-1551) de Pero Mexía, en el *Quijote* (1605-1615) de Cervantes, y en el *Teatro Crítico Universal* (1726-1739) de Fray Benito Jerónimo Feijoo. Seres de este tipo han seguido vivos en las creencias populares hasta hoy mismo:

17 G. Adriano GARCÍA-LOMAS: *Mitología y supersticiones de Cantabria (Materiales y tanteos para su estudio)*, Santander: Caja Cantabria, reed. 1993, pp. 135-136.

18 Rafael ALBERTI: *Marinero en tierra. La amante. El alba del alhelí*, ed. R. Marrast, Madrid: Castalia, 1972, p. 141.

La Montaña tuvo un verdadero arquetipo de nadador excepcional, que por sus hazañas fue objeto de un análisis tan complejo que trajo a mal traer a los hombres de ciencia dedicados a diversas disciplinas humanas dentro y fuera de Cantabria.

Se trataba de Francisco de la Vega Casar, espécimen conocido generalmente por *El hombre-peze de Liérganes*, y que por ser considerado como el primer tragamillas de España mereció entre sus paisanos el dictado de *El sireno*, porque se creía que tenía escamas, cuando no poseía más que una piel granujienta y de notoria aspereza.

De este simbólico aprendiz de tritón... salió una prolija literatura que dejó una estela peculiar y de colosales proporciones, desde que el beneditino P. Feijoo divulgó su historia e inauditas travesías marinas.

Como nota curiosa, hacemos constar que, con motivo de la desaparición de Francisco de la Vega Casar, se reprodujo un trasplante de la leyenda clásica sobre la maldición que ocasionó la conversión de la bella marisquera en sirena.

La nuestra, parte de la época en que el hombre-peze de Liérganes era un niño que no salía del agua del río aunque su madre le requiriera con urgencia, por lo que le maldijo pidiendo a la Virgen que siempre permaneciese bajo el agua y se convirtiera en una breca.¹⁹

El gran médico y humanista Gregorio Marañón estudió diversas fuentes documentales de mediados del siglo XVIII acerca de aquel supuesto hombre-peze que tuvo por nombre Francisco Vega –y que fue, seguramente, un enfermo mental que sufría también una enfermedad llamada ictiosis–. De él llegó a decirse que había sido avistado en las costas de Bilbao, de Cádiz e incluso de Inglaterra, y atrajo la atención de diversos comentaristas de fértil imaginación, como el párroco de Liérganes, Hoyo Ventero, quien escribió un fantástico informe al respecto. Veamos de qué modo abordó el doctor Marañón la cuestión de la maldición que la leyenda hizo recaer sobre este maravilloso ser:

Es muy fácil, y este mismo detalle lo demuestra, seguir la adaptación de la historia del hombre-peze en lo que tenía de real, a las leyendas de los hombres marinos, unas puramente mitológicas y otras fantaseadas sobre los sucesos verídicos que ya hemos enumerado, desde el tritón y la nereida hasta el peje Nicolás. Los diversos relatos de las aventuras marinas de Vega están, en efecto, llenas de lances tomados de aquellas leyendas. Uno muy significativo es el de que el origen de la desaparición en el mar de nuestro anfibio fue una maldición de su madre: estaba el futuro nadador, siendo niño, bañándose en el río, y aquella le llamó desde su casa; como no acudía, le maldijo, pidiendo a la Virgen que no saliera nunca del agua que tanto le gustaba... El cura Hoyos añade una segunda maldición materna: un día en que el joven Vega llegaba a su casa, hambriento por el ejercicio acuá-

19 GARCÍA-LOMAS: *Mitología y supersticiones de Cantabria*, p. 141. Un detallado estudio de la leyenda del Pez Nicolao se encontrará en José Manuel GÓMEZ-TABANERA: «Un recuerdo del noviciado de Samos de Fray B. Feijoo, o leyenda y realidad de Francisco de la Vega, más conocido como el hombre pez de Liérganes», *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore Hoyos Sáinz* 8, 1976, pp. 31-103.

tico, se comió parte de unos besugos que su madre tenía reservados para la cena; al enterarse ella, pidió a la Virgen que su hijo se convirtiese en besugo.²⁰

EL MATRIMONIO FRUSTRADO ENTRE SIRENA Y MORTAL

Si dentro de los innumerables relatos sobre sirenas documentados en todo el mundo es posible aislar la tipología específica de la *La maldición de la sirena*, otro tanto puede decirse del tópico que podríamos denominar *El matrimonio entre sirena y mortal*.

En la gran mayoría de tales relatos, la unión entre la mujer sobrenatural y el hombre mortal está irremediablemente abocada a la ruptura, por más que, a veces, pueda dar el fruto de los hijos, y que de éstos lleguen a descender, en ocasiones, linajes nobles, como reflejaba la historia de la hermosa e infeliz Melusina. La infelicidad y la frustración matrimonial de aquel extraordinario ser quedaron de algún modo compensadas por la generación de hijas y de descendientes que evitaron que su tránsito por el mundo de los humanos fuese absolutamente estéril. Muchos más relatos, bien atestiguados en todo el mundo, mostrarán motivos parecidos: la unión entre la mujer fabulosa y el hombre mortal, o no puede llegar a consumarse o, si se consuma, no puede llegar a ser feliz, ni satisfactoria, ni perdurable; pero, a veces, la generación de hijos redime de algún modo esa unión e impide que quede completamente truncada y estéril.

La leyenda melusiniana dejó una fuerte huella en la Edad Media española, en la que linajes nobiliarios tan importantes como el de los señores de Vizcaya –según relató el conde Barcelos en el siglo XIV– se creyeron engendrados a partir de mujeres acuáticas varadas en alguna ribera y encontradas por algún caballero. Tras un período de convivencia entre los humanos, y tras engendrar descendencia, aquellos atípicos matrimonios se veían fatalmente condenados a la disolución.²¹ También durante siglos se creyó que la familia de los Mariños, oriunda de la isla de Lobeira (La Coruña), fue engendrada por un marino gallego que pescó una infeliz sirena que le dio hijos y descendientes que durante generaciones se revelaron muy aficionados al mar y muy buenos nadadores. A media-

20 Gregorio MARAÑÓN: «Historia maravillosa del hombre-pezu y su revisión actual», *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, Madrid: Espasa-Calpe, 4ª ed., 1962, pp. 223-243, p. 237.

21 Véase al respecto José Ramón PRIETO LASA: *Las leyendas de los señores de Vizcaya y la tradición melusiniana*, Madrid: Fundación Ramón Menéndez Pidal, 1995); y también Julio CARO BAROJA: «Las Lamias vascas y otros mitos», *Algunos mitos españoles*, Madrid: Ediciones del Centro, 1974, pp. 33-72; y PRIETO LASA: «Versiones melusianas en la tradición oral contemporánea del País Vasco», *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio Urquijo»* XXVIII, 1994, pp. 615-630.

dos del siglo XVIII, el padre Fray Benito Jerónimo Feijoo explicaba al respecto –siguiendo un relato del XVI de Diego Hernández de Mendoza– que:

...tomaron este apellido, porque habiendo visto un Cavallero unos hombres desnudos tomando el Sol al abrigo de una peña, dio de improviso sobre ellos, y solo pudo coger uno, que llevó a su casa; y haciéndole curar, se le cayó un cuero grueso, y escamoso, que tenía, descubriendo un rostro de muger hermosa, que le enseñó a hablar, y tuvo de ella un hijo, de quien proviene esta familia, preciandose de este origen.²²

Sobre la difusión y el arraigo del tópico folclórico-literario de *El matrimonio entre hada y mortal* en el que se inscribe este tipo de leyenda melusiniana, señaló Mircea Eliade que:

...está universalmente extendido el motivo de la esposa-hada que abandona a su marido mortal después de darle un hijo. Las peripecias de la busca del hada por su marido reflejan en ocasiones las escenas de iniciación (ascensión a los Cielos, descenso a los infiernos, etc.).²³

Y Ramona Violant Ribera, quien realizó una importante tesis doctoral con el título de «*El matrimonio entre hada y mortal*» en el folclore de la zona pirenaica (1959) –en la que analizaba leyendas como la de *La Dona d'aigua de Valldarrós* o la de *La mujer de agua de Casa Blanch*, entre otras muchas–, se atrevió a trazar el siguiente modelo estructural de las mismas:

La trama de las leyendas estudiadas se sintetiza en el siguiente esquema:

- A) Un hombre encuentra una mujer sobrenatural.
- B) Se enamora y la solicita en matrimonio.
- C) La mujer sobrenatural accede tras imponer una condición que el hombre promete cumplir.
- D) La unión matrimonial aporta al hombre beneficios.
- E) Impulsado por un motivo el marido quebranta su promesa y la esposa desaparece.
- F) El marido no la recobra jamás; a veces cae en la ruina.²⁴

22 Fray Benito Jerónimo FEIJOO: «Carta 30: Reflexiones filosoficas, con ocasión de una Criatura humana, hallada poco hà en el vientre de una cabra», *Cartas eruditas y curiosas*, 5 vols., Madrid: Herederos de Francisco del Hierro, 1742-1760) vol. III, pp. 358-383, pp. 380-381.

23 Mircea ELIADE: *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, trad. E. de Champourcin, México: Fondo de Cultura Económica, reed. 1996, p. 80.

24 Ramona Violant RIBERA: «*El matrimonio entre hada y mortal*» en *el folclore de la zona pirenaica. Resumen de la tesis presentada para aspirar al grado de Doctor en Filosofía y Letras*, Barcelona: Universidad, 1972.

Las versiones de este tipo de leyendas encarnadas en sirenas son conocidas desde muy antiguo, y en geografías tradicionales muy amplias y muy variadas.²⁵

En ocasiones, tan exóticas como la china, tal y como muestra el cuento de *El país de los ráksasas y el mercado del mar*, integrado en la monumental colección de *Cuentos de Liao Zhai* puestos por escrito por Pu Songling (1640-1715) a finales del siglo XVII. Este relato constituye una recreación del tópico de *El matrimonio entre sirena y mortal* que no se libra, como tantas otras, del desenlace fatalmente infeliz, aunque compensado por la generación de descendencia.

El cuento está protagonizado por Maji, un joven, apuesto e inquieto comerciante que un día acude al «Mercado del Mar» al que «van a vender sus joyas las sirenas». Sabedor el Rey Dragón de que Maji es un consumado escribano, le ruega permanezca en su corte submarina y le esposa con su hija. Hasta que un día expresa Maji su deseo de volver temporalmente a su país para visitar a su padre. La despedida de los esposos resulta dramática:

—El destino quiere que nuestra unión acabe aquí —contestó [ella]—. No podremos volver a estar juntos. Cuida bien de tus padres y dales todo tu amor filial. La vida del ser humano es corta y pasajera como la luz del sol que renace con el alba y se extingue al ocaso. Juntos o separados, nunca podrías vivir más de cien años. ¿Qué necesidad hay de llorar como niños? Yo te seré fiel, y estoy seguro de que tú también. Aunque estemos en lugares distantes, amándonos podremos seguir unidos en espíritu. No tenemos por qué estar juntos día y noche para ser felices. Si me eres infiel, tu próxima boda será desgraciada; pero si en verdad necesitas a alguien que te cuide, toma a una concubina. Tengo algo más que decirte: estoy embarazada. Te ruego escojas nombre para tu futuro hijo.

—Si es niña, llámala Longong [Palacio del Dragón], y si es niño, Fuhai [Mar Feliz] —respondió Maji después de meditarlo.

La joven le pidió algo de recuerdo y él le dio un par de flores de loto de jade rojo que había conseguido en el país de los ráksasas.

—Dentro de tres años —dijo ella—, el día octavo de la cuarta luna, toma una barca y pon rumbo a los mares del sur. Entonces te entregaré a tu hijo. Toma esto —añadió, sacando

25 Al respecto puede verse también José Manuel PEDROSA: «Sirenas», *Bestiario: antropología y simbolismo animal*, Madrid: Medusa, 2002, pp. 168-172. Stith THOMPSON, en su monumental *Motif-Index of Folk Literature: a Classification of Narrative Elements in Folktales, Ballads, Myths, Fables, Mediaeval Romances, Exempla, Fabliaux, Jest-Books and Local Legends*, ed. rev. y aum., 6 vols., Bloomington & Indianapolis-Copenhague, Indiana University-Rosenkilde & Bagger: 1955-1958, catalogó diversos motivos folclóricos que aparecen de forma muy recurrente en las historias del tipo de *El matrimonio entre hada y mortal*. Se trata de los motivos B 53.0.1 «Una sirena bajo la forma de una mujer»; B 81.2 «Una sirena casada con un hombre»; B 81.9.1 «Cabellera de la sirena le llega hasta la cintura»; B 81.13.11.1 «Una sirena capturada por un pescador»; B81.21 «Una sirena tiene un hijo con un ser humano»; C 498 «La única palabra prohibida»; C 984 «Desgracias por haber transgredido prohibiciones»; D 1719.7 «Poder mágico de una sirena»; M 101 «Castigo por haber roto promesas (o juramentos)»; T111 «Enlace entre un mortal con un ser sobrenatural».

una bolsita escamada llena de perlas—. Te servirá para que tu familia tenga comida y ropa durante varias generaciones.²⁶

Al cabo de tres años, Maji se dirigió al lugar del mar que le había indicado su esposa, encontró allí a un niño y a una niña mellizos que flotaban sobre las olas, y los llevó consigo a su país. Un año después, la princesa Dragón visitaría brevemente a su esposo y, antes de la triste separación definitiva, le volvió a otorgar valiosos presentes.

Otra versión bellísima del tópico de *El matrimonio entre sirena y mortal* es la que los hermanos Jakob y Wilhelm Grimm incluyeron entre sus *Leyendas alemanas* (1816-1818) con el título de *La doncella del río Elba y la mujercita del río Saal*. Una vez más, el destino más fatal —en este caso especialmente sangriento— impedirá que se consuma el amor entre la desdichada ondina y el no menos desdichado varón:

En Magdeburgo se sabe de una hermosa «doncella del Elba», que a veces salía del río para comprar en la carnicería. Vestía como una mujer de la ciudad, pero muy limpia y pulcra, llevaba un cesto en la mano y se comportaba con modestia. No se la podía diferenciar en nada de otras muchachas, excepto quien ponía mucha atención en saberlo: un extremo de su blanquísimo delantal estaba siempre mojado, como señal de que procedía del río. Un joven oficial de carnicero se enamoró de ella y la siguió hasta que averiguó de dónde venía y adónde volvía: por fin, descendió con ella hasta dentro del agua. Ella dejó dicho a un pescador que acompañaba al enamorado, y que se quedó aguardando arriba, en la orilla, que si desde la corriente subía a la superficie un plato de madera con una manzana, que todo iba bien, pero que si no subía, no.

Pronto, sin embargo, saltó hacia afuera un chorro rojo, como prueba de que a los parientes de la doncella les había disgustado el novio y le habían matado. Sin embargo, sobre esto se cuentan también historias discordantes, según las cuales la novia bajó y el joven se quedó sentado a la orilla para esperar la contestación. La joven quería bajar a pedir a sus padres permiso para la boda, o hablar sobre el asunto a sus hermanos; en lugar de respuesta, apareció arriba una mancha de sangre: la habían asesinado a ella misma.

Desde el río Saal venían también a veces las ondinas a la ciudad de Saafeld y compraban carne en la tienda. Se las distinguía solamente por los grandes y espantosos ojos, y también por el borde empapado de sus faldas. Dicen que son personas robadas por las ondinas, en lugar de las cuales dejaron las ondinas en tierra sus propias criaturas.

En Halle, frente a la puerta de la ciudad, se encuentra igualmente un estanque redondo, llamado el *Estanque de la Ondina*, del cual salen las mujeres y van a la ciudad a comprar lo que necesitan, y se las puede reconocer, como a las ondinas del Saal, en los bordes mojados de sus vestidos. Por lo demás, tienen vestidos, lengua y dinero iguales a los nuestros.

26 Pu SONGLING: *Cuentos de Liao Zhai*, ed. L. A. Rovetta y L. Ramírez, Madrid: Alianza, 1985, pp. 150-162. Véase otra versión del motivo de *El matrimonio hada y mortal* —en la que el *hada* no es exactamente una sirena— en el cuento *El bibliómano*, de las pp. 355-361.

No lejos de Leipzig se ha visto con frecuencia a una ondina por la calle. Ha ido al mercado semanal con su cesta, junto a otras campesinas, a comprar alimentos. Del mismo modo volvió después; pero no hablaba ni una palabra con nadie; ni saludaba o daba las gracias a ninguna persona por la calle; pero donde compraba sabía tan perfectamente como otras mujeres tratar y regatear. Una vez la siguieron dos de cerca, y vieron cómo puso en un pequeño estanque su cesto, que en un instante desapareció en el agua junto con la mujer. En los vestidos no había ninguna diferencia entre ella y las otras, salvo que unos dos palmos de sus enaguas estaban mojados.²⁷

La misma colección de *Leyendas alemanas* de los hermanos Grimm contiene otro relato que, aunque no explicita la condición de sirena acuática de la joven, tiene estrecha relación con la leyenda anterior y con el tópico de *El matrimonio entre hada y mortal* que estamos analizando. Si la versión anterior ni siquiera concedía a los amantes la oportunidad de acercarse ni mucho menos de unirse para tener descendencia, en esta otra sí aparece, una vez más, el motivo del linaje heredero del matrimonio:

En el ducado de Lothringen, cuando aún pertenecía a Alemania, gobernaba entre Nanzig y Luenstadt (luego Luneville) el último conde de Orgewiler. Éste no tenía descendientes masculinos, y, ya en su lecho de muerte, dividió sus estados entre sus tres hijas y yernos. La hija mayor se había casado con Simón von Bestein, la mediana con el señor de Crouy, y la más joven con un ringrave alemán. Además de los estados, entregó a sus herederos tres regalos: a la hija mayor, un gramil, a la mediana una copa, y a la tercera un anillo, con la exhortación de que ellos y sus descendientes debían guardar aquellos objetos cuidadosamente, para que de ese modo sus casas fuesen siempre felices.

La leyenda de cómo había recibido el conde estos tesoros la cuenta el mismo mariscal de Bassompierre (llamado en alemán Bassenstein), bisnieto de Simon von Bestein: el conde estaba casado, pero tenía un amorío secreto con una mujer maravillosamente bella, que venía a verlo los lunes de cada semana a un cenador que había en el jardín. Durante largo tiempo esta relación permaneció oculta a su esposa; cada vez que el conde tenía necesidad de apartarse, hacía pensar a su esposa que aquella noche iba de caza, a acechar animales al bosque. Pero tras algunos años, la condesa concibió sospechas y se esforzó por enterarse de toda la verdad. Una mañana de verano, muy temprano, siguió sigilosamente el camino que él tomaba y llegó al pabellón. Allí vio a su marido durmiendo en los brazos de una hermosísima mujer; pero como dormían ambos tan tranquilamente, no quiso despertarlos, sino que tomó su velo y lo extendió sobre los pies de los durmientes. Cuando la bella adúltera se despertó y se percató de que estaba allí el velo, lanzó un grito, comenzó a quejarse lastimeramente, y dijo:

—Desde ahora, querido mío, no nos veremos nunca más; ahora he de irme a cien leguas y permanecer separada de ti.

De este modo dejó al conde, pero antes le regaló los dones arriba mencionados para sus tres hijas, que no debían dejar nunca que se les extraviasen.

27 Jakob y Wilhelm GRIMM: *La mujer del musgo y otras leyendas alemanas*, eds. B. Almeida y J. M. Pedrosa, Oíartzun: Sendoa, 2000, núm. 60.

La casa de Bassenstein mantuvo durante largo tiempo el derecho a cobrar un tributo en especie a la ciudad de Spinal (en francés Épinal), para lo que siempre fue utilizado este gramil.²⁸

Es posible que la versión más trágica –y sin duda la más célebre– de los amores frustrados entre sirenas y mortales sea la que el danés Hans Christian Andersen creó en su inolvidable cuento *Den lille havfrue*, es decir, *La sirenita*, en 1837. Todo en este cuento está impregnado de delicadeza y sensibilidad, pero la descripción de los cantos de las sirenas resulta especialmente poética:

Muchas noches enlazaban sus brazos las cinco hermanas y ascendían en círculo sobre el agua; precioso era su canto, más dulce que nada humano, y cuando amenazaba la tempestad y les parecía que los barcos podían naufragar, nadaban frente a ellos y cantaban con voz deliciosa lo bien que se estaba en el fondo del mar y rogaban a los marineros que no tuviesen miedo de bajar hasta allí, pero éstos no podían entender las palabras, creían que era la tormenta, y no encontraban ningún atractivo en ver el fondo, porque cuando se hundía el barco, los hombres se ahogaban y sólo como muertos visitaban el palacio del rey del mar.²⁹

La muerte de la sirenita enamorada del joven marinero y decidida a sacrificarse a sí misma antes que dar muerte a su amado –único modo de salvarse ella misma– cierra el cuento del modo más trágico y poético que cabe imaginar:

La sirenita alzó el tapiz de púrpura que cubría la tienda y vio a la encantadora novia dormir con la cabeza sobre el pecho del príncipe, e inclinándose, le besó la hermosa frente, miró el cielo, donde la aurora se hacía cada vez más clara, miró el afilado cuchillo y fijó de nuevo los ojos en el príncipe, quien en sueños pronunciaba el nombre de su novia, sólo ella ocupaba sus pensamientos, y el puñal tembló en la mano de la sirena. Pero entonces lo arrojó de sí a las olas, que brillaron enrojecidas allí donde cayó, como si desprendiese gotas de sangre en el agua. Una vez más miró con ojos de agonía al príncipe, se arrojó del barco al mar y sintió cómo su cuerpo se convertía en espuma.³⁰

La famosísima *Sirenita* de Andersen, y su representación escultórica a orillas del mar –obra de Eriksen– que constituye desde hace mucho tiempo una de las máximas atracciones de la ciudad de Copenhague, inspiraron un hermosísimo cuento, el titulado *La sirena viuda*, integrado en el volumen *Despistes y franquezas*, del gran escritor uruguayo Mario Benedetti:

28 GRIMM: *El gramil, el anillo y la copa*, en *La mujer del musgo y otras leyendas alemanas*, núm. 70.

29 Hans Christian ANDERSEN: *La sirenita*, en *La reina de las nieves y otros cuentos*, trad. R. Adell, Madrid: Alianza, reed. 1997, pp. 93-115, p. 98.

30 ANDERSEN: *La sirenita* p. 114.

A partir de 1980, yo había estado varias veces en Copenhague y siempre había cumplido con el rito de rendir homenaje a la legendaria sirenita de Eriksen. Debo reconocer, sin embargo, que sólo en esta última ocasión me pareció advertir en su rostro, y hasta en su postura, una casi imperceptible expresión de viudez...

La intuición de Benedetti se vio confirmada por el relato de un exiliado chileno que explicó al escritor la historia de Rodrigo, otro exiliado huído de las prisiones y torturas del Chile del dictador Pinochet, y que, apenas llegado a Copenhague, cayó bajo la fascinación de la estatua femenina, a la que acabó uniéndose en trágico y mortal abrazo:

Simplemente, reservaba alguna hora de su jornada para contemplar a la sirenita, como una forma de comprobar que en sí mismo iba creciendo un amor, tan desacostumbrado como indestructible. Además, cuando se enteró de que la sirenita, en lejanos y cercanos pretéritos, había sufrido escarnios, castigos y hasta mutilaciones, halló en ese pasado una nueva zona de afinidad con su propia y escarmentada historia. Así hasta que un día resolvió transformar lo imposible en verosímil...

Eran las tres y cuarto de un domingo de enero cuando Rodrigo llegó hasta el objeto de su amor. Ella estaba como siempre, inocentemente desnuda, y Rodrigo pensó que no era lícito que él permaneciera miserablemente vestido. De manera que, a pesar de los 12 grados bajo cero, se fue despojando, una por una, de todas sus prendas, que quedaron dobladas y en orden junto a sus pies descalzos y ateridos. Ahora sí estaban en igualdad de condiciones su amada y él. Castigados, desnudos, estremecidos. A esa altura, Rodrigo debe haber apretado sus dientes para que no castañetearan y por fin debe haber abrazado tiernamente a su sirena, en el tramo más feliz de su nueva existencia. Que fue breve, claro, porque allí lo hallaron, horas después, dulcemente yerto, sin nueva vida y también sin vida vieja.³¹

Otra impresionante recreación del motivo de *El matrimonio entre sirena y mortal*, seguramente más oscura y trágica aún que las de Andersen y Benedetti, es la que el gran escritor belga Maurice Maeterlinck inmortalizó en su obra de teatro *Pelléas et Mélisande* (1892), que sería la base literaria, años después, de una ópera célebre del compositor francés Claude Debussy. El drama de Maeterlinck está protagonizado por el cazador Golaud, que un día encuentra en el bosque, «al borde del agua», a una bellísima y misteriosa joven:

GOLAUD

Oigo llorar a alguien... ¡Oh! ¡Oh! ¿Quién hay al borde del agua? ¡Una joven que llora en la fuente! (*Tose*) No me oye. No veo su cara. (*Se acerca y toca a MÉLISANDE en el*

31 Mario BENEDETTI: *La sirena viuda*, en *Cuentos completos*, Madrid: Alfaguara, reed. 2000, pp. 465-466.

hombro). ¿Por qué lloras? (*MÉLISANDE se sobresalta, se levanta e intenta huir*). No ten-
gáis miedo. No tenéis que temer. ¿Por qué lloráis, aquí, tan sola?

MÉLISANDE

¡No me toquéis! ¡No me toquéis!

GOLAUD

No tengáis miedo... No os haré... ¡Oh! ¡Qué hermosa sois!

MÉLISANDE

¡No me toquéis o me tiro al agua!³²

La misteriosa joven acabará casándose con Golaud. Pero de quien realmente se enamora es del hermano menor de Golaud, Pelléas, quien corresponde fervorosamente a la pasión de la joven. El final es trágico y se desarrolla, una vez más, a orillas de un escenario acuático que simboliza, a un tiempo, el amor y la muerte a lo largo de toda la obra: los amantes son sorprendidos por el celoso Golaud, quien mata a su hermano Pelléas. Mélisande muere enseguida, durante el parto de una niña que se convierte en un ejemplo literario más de descendencia nacida de una infeliz mujer acuática.

La gran narradora española Carmen Martín Gaité es autora también de una hermosa recreación del tópico de *El matrimonio entre sirena y mortal* que incluye una vez más los motivos de la generación de descendencia y de la separación de los esposos. Su reelaboración del asunto quedó vertida en un hermosísimo cuento titulado *El castillo de las tres murallas*, que está protagonizado por un noble huraño y brutal y por una enigmática joven de nombre –Serena– más que revelador:

Lucandro vivía con una mujer muy joven y muy hermosa que se llamaba Serena. Nadie en Belfondo sabía desde cuándo vivía allí esa mujer, ni de dónde la había traído Lucandro, ni si estaban casados o no.³³

El matrimonio entre el mortal avaricioso y la hermosa joven era todo menos feliz:

Se contaban en Belfondo muchas historias acerca de Serena, pero todas inventadas. Unos decían que era hija de un rey, otros que no era la mujer de Lucandro sino su hermana, otros que se la había comprado a unos piratas berberiscos que la llevaban a vender como esclava. Hubo quien llegó a decir que practicaba la hechicería, que algunas noches de luna se

32 Maurice MAETERLINCK: *Pelléas y Mélisande*, en *La intrusa. Los ciegos. Pelléas y Mélisande. El pájaro azul*, ed. A. González Salvador, Madrid: Cátedra, 2000, pp. 135-189, p. 141.

33 Carmen MARTÍN GAITE: *El castillo de las tres murallas*, en *Dos cuentos maravillosos*, Madrid: Siruela, reed. 1997, pp. 9-73, p. 22.

escapaba del castillo y que se la había visto vagando por los campos en camisión, como un alma en pena, recitando conjuros incomprensibles.³⁴

Andando el tiempo, la desdichada Serena engendrará una hija de su odioso marido, quien a partir del nacimiento de la niña hará todavía más difícil la vida de su esposa. Al final, Serena escapará de su terrible prisión con la ayuda de su amante, el profesor de música de su hija. Y, años después, logrará rescatar del siniestro castillo familiar a la jovencita, que también encontrará el amor, mientras que el celoso Lucandro acabará convertido –destino más que adecuado para el ex-esposo de una sirena– en uno de los voraces peces que custodiaban el foso de su propio castillo.

También resulta magistral la recreación del tópico de *El matrimonio entre hada y mortal* que ha quedado reflejada en la hermosísima novela de José Luis Sampedro que lleva el título de *La vieja sirena* (1990). La acción transcurre en el Egipto del siglo III, y presenta la historia de una sirena que logra convertirse en humana por amor a un hombre, y que, tras la muerte de éste, recupera su aspecto primigenio, pero no el don de la inmortalidad, puesto que había quedado irreversiblemente contagiada del mal de la vejez tras su paso por el mundo de los humanos:

Vuelve a ser silencio de piedra la oquedad, pero ahora un silencio natural, Glauka queda unos instantes en suspenso y al fin da un paso hacia la salida... ¡Pero ya no puede tenerse de pie! Obligada a sentarse en tierra y alcanzadas sus piernas por la luna las ve entrelazarse, confundirse, cubrirse poco a poco de escamas, terminar en la media luna de la cola. Vuelve a tener el cuerpo que tuvo... Aunque no, ya no es el mismo. Las escamas no relucen y faltan a trozos, dejando ver una epidermis de pez; los pechos han perdido aquella firmeza y cuelgan flácidos, los sedosos cabellos rojizos se han vuelto mustios y canosos... Una vieja sirena, aunque sea imposible imaginar el envejecimiento de una inmortal. Imposible, pero así sucede: Glauka es hora una vieja sirena...³⁵

Otra de las mejores –y más exóticas– recreaciones que se conocen del tópico de *El matrimonio entre hada y mortal* es la que se debe a Gao Xinghian, el gran escritor –y pintor– chino que recibió en el año 2000 el Premio Nobel de Literatura. *Lingshan*, es decir, *La montaña del alma*, comenzada en Pekín en 1982 y terminada en el exilio de París en 1989, es una de sus obras maestras. Se trata de una especie de libro de viajes, de marcado carácter autobiográfico, por la China más rural, profunda y apartada, y entre sus pasajes más destacados está el del encuentro del viajero con una de esas seductoras «mujeres de la camelia» que,

34 MARTÍN GAITE: *El castillo de las tres murallas*, p. 28.

35 José Luis SAMPEDRO: *La vieja sirena*, Barcelona: Plaza & Janés, reed. 2002, p. 707.

según ciertas leyendas campesinas, sorprenden a los caminantes en los parajes más remotos y menos transitados. Entre los rasgos que mejor asocian a estas mujeres a la familia de las sirenas están no sólo su aspecto hermoso y seductor, sino también su conocimiento de saberes mágicos y ocultos, y su capacidad para otorgar dones y favores a los hombres:

¡Háblame!

¿De qué?

Háblame de las mujeres de la camelia.

Ellas seducen a los hombres, en las montañas, en los umbrosos senderos, en los recodos de los caminos, y a menudo en los pabellones terminados en punta...

¿Tú has visto alguna?

Por supuesto. Estaba sentada muy derecha en el banco de piedra de un pabellón construido en medio de un camino. Imposible evitarla. Era una montañesa muy joven, vestida con una camisa azul claro de lino, los botones de tela a un lado, el cuello y las mangas bordadas de blanco; llevaba un pañuelo de batik elegantemente anudado. Sin quererlo, aflojaste el paso y fuiste expresamente a descansar en el banco de piedra, frente a ella. Como quien no quiere la cosa, ella te observó sin volver la cabeza, manteniendo apretados sus finos labios de un rojo brillante. Había realzado sus cejas y sus ojos de un negro de jade con un trozo de madera de sauce pasado por el fuego. Era perfectamente consciente de su atractivo y, sin el menor disimulo, con sus relucientes ojos echaba unas miradas embelesadoras. Es siempre el hombre quien se siente incómodo frente a ella. Tú también, incómodo, te levantaste para irte. En ese umbroso camino desierto, ella ya había conseguido hacerte perder el tino. Sabías perfectamente que no tenías más que tres oportunidades sobre diez de poder amar a un tipo de mujer como éste, y las siete restantes temerla, y no te atrevías a precipitar las cosas. Dices que fueron los picapedreros los que te advirtieron. Pasaste la noche en su refugio. Ellos se dedican a extraer piedra de la montaña y, durante toda la velada, bebisteis aguardiente y hablaste de mujeres con ellos. Le dices que no puedes llevarla allí, pues no podrías garantizar su seguridad. Únicamente una mujer de la camelia es capaz de dominar a esos picapedreros. Afirman que todas ellas saben practicar la acupuntura simplemente con sus dedos, un arte que les fue transmitido por sus antepasados, y sus ágiles manos logran curar las graves enfermedades que los hombres no pueden sanar, desde las convulsiones de los niños hasta la hemiplejía. Y por lo que se refiere a los matrimonios, a las defunciones, a los secretos entre hombres y mujeres, todos recurren a sus buenos oficios para que medien y arreglen las cosas. Cuando uno se encuentra, en la montaña, una flor silvestre semejante, conviene contemplarla sin arrancarla jamás. Cuentan los picapedreros que, en cierta ocasión, tres hermanos confabulados no les hicieron caso. Se encontraron, en un sendero, a una mujer de la camelia y se les ocurrió una maldad. ¿Que ellos tres no iban a conseguir someter a una mujer? Tras ponerse de acuerdo, se abalanzaron sobre ella y la arrastraron hasta una cueva. Como era una mujer sola, no pudo presentar resistencia a estos tres mozzarrones. Una vez que los dos primeros terminaron de satisfacerse con ella, la mujer imploró al tercero: «El bien es recompensado con el bien, el mal con el mal. Tú eres joven aún, no te comportes igual que ellos. Libérame, te lo ruego, y te enseñaré una receta secreta. Descubrirás su utilidad más tarde. Podrás casarte y vivir a tus anchas». Presa de la duda, el hombre se apiadó de ella y la dejó irse.

Tras esta evocación de una vieja leyenda sobre los orígenes de las mujeres de la camelia, se produce el acercamiento entre el caminante y la mujer que tiene enfrente. Ése es también el momento en que ella adquiere una naturaleza más próxima a la de las sirenas, pues la seducción y el encuentro sexual se producen en el agua:

Tú dices que te levantaste para irte, pero no pudiste evitar volverte para dirigirle una mirada, y que entonces viste sus dos mejillas y una flor roja de camelia prendida en su sien...

¡Acércate! Ella te hace una seña.

Sentada en una piedra, se saca con una mano sus zapatos de tacón alto y, con un pie descalzo, tantea los guijarros con precaución. Los dedos de sus pies blancos ondean en el agua pura, como gruesos gusanos. Tú no comprendes cómo ha empezado la cosa. Inclinás de repente su cabeza sobre los verdes juncos salvajes de la orilla del agua. Ella endereza el talle. Buscas con tus dedos el clip de su sujetador y liberas sus redondos senos, de un blanco diáfano bajo la luz del sol de mediodía. Ves brotar el rojo pezón de sus pechos y destacarse claramente bajo las areolas unas finas venillas azuladas. Ella lanza un grito y sus pies se introducen en el agua. Un pájaro negro de blancas patas, sabes que este pájaro se llama alcaudón, se posa sobre una roca pardusca, redonda como un pecho justo en medio del riachuelo. A su alrededor, brilla la cristalina luz de la onda. Os metéis los dos en el agua, a ella le sabe mal mojarse la falda. Sus ojos húmedos y brillantes se asemejan a la luz del sol que se refleja en el agua del arroyo. Terminas por apoderarte de ella, esa bestezuela salvaje que se debate obstinadamente se vuelve de repente dócil entre tus brazos y se pone a llorar sin ruido.³⁶

El encuentro sexual entre la mujer de la camelia y el viajero resulta, como era previsible –en los encuentros *entre hada y mortal*–, absolutamente fugaz. El hombre llegará, además, a la perturbadora conclusión de que aquel no era otra cosa sino el fantasma de la joven muerta por los picapedreros y enterrada debajo de un puente de la que hablaban las leyendas locales. Por ello, su recuerdo le dejará una impresión amarga e inquietante para siempre.

En clave de ironía y de humor está escrita la recreación del tópico de *El matrimonio entre sirena y mortal* que hizo Miguel Littin, el gran narrador –y cineasta– chileno, en su novela *El bandido de los ojos transparentes* (1999). Una vez más, el encuentro entre el viajero y la mujer acuática queda marcado por la fugacidad y por la frustración. La sirena que intenta seducir a otro hombre, a un tal Opelio, es engañada por el astuto viajero que suplanta la personalidad del esperado amante, y que abandonará a la extraordinaria mujer apenas haya exprimido todo el goce que ella le puede ofrecer:

36 Gao XINGJIAN: *La montaña del alma*, trads. L. Yanping y J. R. Monreal, Barcelona: Ediciones del Bronce, 2001, pp. 109-112.

–Opelio mío...

Y de entre los olmos, maquis, naranjillos y piñoles surgió desnuda una bella mujer de largos cabellos cobrizos, piernas esbeltas, cintura moldeada por manos de artesano fino y preciosos pechos que relumbraban como de cristal de plata a la luz de la medialuna que se reflejaba en el agua transparente, como si todo fuera cosa de encantamientos, magias o sortilegios.

–Opelio –gritó gozosa, y se zambulló en las aguas transparentes, perseguida por la luz de la luna, como si fuera un sueño...

Nadaba ella como en sueños no tenidos. ¿Cómo iba yo a soñar con cosa tan linda y jamás vista? Era la primera vez que veía a una mujer desnuda. Daba ella vueltas en el agua, girando su cuerpo como si fueran cristales. Nadaba de espaldas, lanzando atrás sus brazos en forma acompasada, deslizándose sinuosamente sus piernas, hacia atrás suave. Hacia delante, dejando a flote sobre el agua la rosa oscura de su sexo, la suavidad adivinada de sus muslos. Sus pechos ahora, de color rosa ámbar, y su cabello, rodeando su bello rostro ovalado, transfigurándose en suaves luces y en tenues sombras...

–Opeliooooo... oooooo...

Asegurándome que el señor Opelio estaba aturdido y bien dormido, le acomodé la cabeza en el mullido pasto del estero. Desvestiéndome rápido, me lancé al agua y comencé a bracear con todas las fuerzas de mi alma hasta alcanzar a la diosa, quien alegremente se lanzó a mis brazos, apretó su cuerpo contra el mío y, acariciando mi cuello con sus bellas manos, me besó largamente... y fue el beso más dulce y prolongado que recuerde en toda mi vida. *Gracias, donde se encuentre, don Opelio. Gracias por las ternuras y el calor que recibí mi adolorido cuerpo en aquella mágica noche.* Saqué a la diosa del agua, y buscando un rincón de arena fina, rodeada por el aroma de avellanos, de peumos y laureles, la hice mía en el sagrado nombre del señor don Opelio...

Yo la abracé con más fuerza, intentando penetrar hasta el final del túnel azulado de su magnífico cuerpo.

–Cántame esa canción del río y la luna que se baña desnuda –me susurró acezante al oído, quemándome la piel con el fuego de su aliento y haciéndome arder la sangre de forma nunca antes sentida.

–¡Yegüita...! ¡Yegüita mía! –fue lo único que se me ocurrió decir. Y con decirlo, fui conminando a la diosa a consumir el amor, con nuevos y renovados ardores.

La separación de los amantes llegará pronto –como era, una vez más, previsible, en un caso de encuentro *entre hada y mortal*–, y esta vez será por voluntad de viajero:

Desperté a la madrugada, y vistiéndome rápidamente monté en mi ahora descansado caballo, buscando un camino que me llevara al rumbo de mis dos amigos...³⁷

Otro gran narrador español contemporáneo, Gustavo Martín Garzo, ha construido toda una novela, *El valle de las gigantas* (2000), sobre el motivo de

37 Miguel LITTIN: *El bandido de los ojos transparentes*, Barcelona: Seix Barral, 1999, pp. 67-71. Véanse además las pp. 159 y 216 de la misma obra.

El matrimonio entre sirena y mortal. El relato tiene por protagonista a un abuelo que cuenta a su nieto Lázaro de qué manera, mientras huía de un desastroso combate en su época de soldado durante la Guerra Civil de 1936-1939, encontró una mujer acuática con la que se unió, con la que tuvo una hija –que sería con el paso del tiempo la madre del propio niño– y que un día, incapaz de soportar el mundo de los humanos, desapareció. He aquí el relato del encuentro del soldado –y de su compañero de fuga, Luciano– con las bulliciosas sirenas:

De pronto siento cómo Luciano me da con el codo. Vuelvo la cabeza y veo a una mujer, que está inmóvil, detenida junto a un árbol. Es muy hermosa, y está completamente desnuda. El pelo se derrama ensortijado por sus hombros, su pecho y su espalda, y es muy abundante. Abundante y tupido como el humo más negro. Sus ojos brillan, sin embargo, como lavados con agua de lluvia. Sonríe y se echa a correr. Tan rápido que, cuando queremos reaccionar, la hemos perdido de vista. Luciano y yo nos miramos perplejos, preguntándonos quién puede ser y cómo ha podido alejarse a esa increíble velocidad...

Reanudamos nuestra marcha y, un poco más allá, volvemos a verla en una rama. Está colgada cabeza abajo, con su larga melena suspendida en el aire, grávida y oscura como un enjambre. Me acerco para tocársela, pero se incorpora y vuelve a escapar. Todo es muy extraño porque, al girar la cabeza, veo que sigue allí. «Son dos», me dice Luciano al oído. Y en efecto, hay dos muchachas. Están sólo a unos pasos de nosotros y juegan a imitarse. Levantan las manos, agitan sus cabelleras y se ponen a girar como una figura y su reflejo.

Ya no son dos las que nos siguen y atacan, sino que hemos llegado a contar cinco. Aunque sea difícil precisar el número, pues son absolutamente idénticas y sus movimientos muy rápidos. Cuando corren hacen con la lengua un ruido extraño y agudo, que inexplicablemente termina por gustarnos.

Me fijo en lo hermosas que son. Tienen facciones muy dulces, y su piel es muy fría y tiene el tacto de los lagartos y de los peces.

Nos acercamos y escapan al interior del bosque. Todos los intentos que hacemos por descubrir lo que hacen, o adónde van, son inútiles, pues aun cuando tratamos de seguir las enseguida nos despistan. Una vez desaparecen por espacio de varios días. Las esperamos en la orilla del arroyo y llegamos a pensar que ya no van a volver. Estamos a punto de irnos nosotros también cuando vuelven juntas, formando una pequeña tropa, que vemos avanzar por el río... Están muy excitadas, y terminamos en el río, chapoteando en el agua.³⁸

El resto de la historia puede resumirse en las siguientes palabras del abuelo de Lázaro:

–Hay algo que nunca te he contado –continuó–. Me traje a una de esas muchachas, y estuvo viviendo conmigo por espacio de un año. En este mismo pueblo. Sin que nadie,

38 Gustavo MARTÍN GARZO: *El valle de las gigantes*, Barcelona: Destino, 2000, pp. 62, 63, 64 y 70.

salvo Luciano, sospechara su verdadera naturaleza. Pasado ese año tuve que devolverla la río, pues el recuerdo de sus compañeras, de su vida en el Valle, no la dejaba vivir.³⁹

La vinculación de aquella extraña mujer con el perfil mítico de las sirenas resulta evidente. Sus dificultades para caminar como los humanos la asocian a las que sienten muchas otras sirenas de otros relatos:

Al poco rato de andar, los pies le dolían de tal forma que tuve que cagarla sobre mi espalda. Y la traje aquí, a este mismo pueblo.⁴⁰

Sus cantos tampoco desmerecían de los de las sirenas que fueron escuchadas por Ulises:

Entonaba extraños cantos, melopeas sorprendentes, de una belleza incomparable.⁴¹

Y su afición al agua la delataba también como una auténtica sirena:

Una vez la dejé sola en la calle, esperándome mientras hacía un encargo, y a mi vuelta escuché un gran barullo. Varios conocidos corrieron hacia mí. «Está dentro del pozo», me dijeron en un estado de gran confusión. Muy cerca había una huerta, y la gente se arremolinaba alrededor del pozo, donde según me dirían luego se había metido voluntariamente, agarrándose a las piedras laterales. Le gritaban cosas y ella les contestaba desde abajo. «Estupenda –decía–, agua estupenda». El pozo era muy profundo y, al asomarme, sólo percibía su chapoteo, que desde el primer momento me pareció despreocupado, feliz.⁴²

Pero llegó el día en que el destino fatal que inevitablemente se cierne siempre sobre las relaciones entre sirenas y mortales debió de cumplirse, y la enigmática mujer desapareció, dejando sólo el rastro de una hija recién nacida que, andando el tiempo, se convertiría en la madre del niño embelesado con el relato de su abuelo.

Para terminar esta rápida y apretada revisión de la tipología de relatos englobables dentro de la categoría de *El matrimonio entre hada y mortal*, vamos a referirnos a una subcategoría bastante diferente de la que representaban los textos anteriores. Si los protagonistas de todas ellas establecían –o pretendían establecer– relaciones de amor o de sexo francas, deseadas y placenteras para ambas partes, en el tipo cuentístico que vamos a conocer a continuación sucede que una de

39 MARTÍN GARZO: *El valle de las gigantas*, p. 137.

40 MARTÍN GARZO: *El valle de las gigantas*, p. 143.

41 MARTÍN GARZO: *El valle de las gigantas*, p. 144.

42 MARTÍN GARZO: *El valle de las gigantas*, p. 144.

las partes no desea y se resiste por completo a la consumación de esa relación y a la unión con la sirena, que además está caracterizada –en buen acuerdo con los modos de representación de las sirenas en la *Odisea* y en otras obras de la antigüedad– como un ser monstruosamente insaciable, perverso y peligroso.

Nos estamos refiriendo a un cuento folclórico arraigado en tradiciones tan diversas como la germánico-escandinava, la eslava, la románica o la griega, que suele ser denominado con el título de *La ninfa acuática*, y que tiene el número 316 en el catálogo universal de cuentos de Antti Aarne y Stith Thompson, quienes lo resumieron así:

I. *Promesa a la ninfa acuática*. Un muchacho es prometido inadvertidamente a una ninfa acuática.

II. *Los animales agradecidos*. El joven recibe de unos animales agradecidos el poder de asumir sus apariencias.

III. *El rescate de la ninfa acuática*. El muchacho cae en manos de la ninfa acuática, pero es rescatado (a) por su esposa, que sigue los consejos de una vieja, o (b) por su propio poder de transformación.

IV. *El reconocimiento*. Después de muchos años, se produce el reconocimiento, y el muchacho se une a su esposa.⁴³

El motivo del ser humano –por lo general una niña o un niño– ofrecido como don sacrificial a una sirena es bien conocido en muchas tradiciones del mundo, como revelarán las leyendas de Guinea Ecuatorial y de Filipinas que conoceremos más adelante. Ahora nos limitaremos a reproducir una versión tradicional andaluza del viejo cuento de la sirena posesiva y del amado escurridizo:

Eran unos padres que tenían un hijo. Y el padre era pescador y todos los días iba a pescar. Un día vio que la red pesaba muchísimo y que apenas podía sacarla; cuando lo consiguió, vio en ella un pescado muy grande que le dijo:

–Yo te voy a comer si no me ofreces traerme al primero que encuentres.

El pescador pensó que sería como siempre la perrilla la que se adelantaba a recibirle y ésa le llevaría. Así que el pez se sumergió, se marchó hacia su casa; mas esta vez, en lugar de la perrilla, quien salió fue su hijo.

El padre le preguntó que por qué se había apresurado a salir a su encuentro, y el hijo le dijo que, como tardaba, estaba con cuidado. El padre le contó lo que le había pasado: que había sacado una *sirena* en la red y que le había exigido le llevase al primero que en su casa saliese a recibirlo.

El hijo conoció que su padre tenía que cumplir su palabra; pero, antes de ir, quería ir a un pueblecito inmediato para despedirse de unos amigos que en él tenía. Yendo por el

43 Véase Antti AARNE y Stith THOMPSON: *The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography* [FF Communications 184], 2ª revisión, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica: 1981, núm. 316.

camino, se encontró una hormiga, un lobo y un águila; todos tres estaban comiendo un burro muerto; pero cada uno quería llevarse la mejor parte y no lograban partirlo. Cuando lo vieron pasar lo llamaron y le dijeron les hiciera las particiones del burro. Él lo repartió dándole la carne al águila, los huesos al lobo y la piel a la hormiga. Cuando ya se marchaba, volvieron a llamarlo y él temió si querrían comérselo también; pero se acercó y le dijeron que querían darle las gracias y su recuerdo por su buena obra. El lobo le dio un pedacito de oreja que tenía la virtud que, en sacándola y diciendo: «¡Ay de mí, lobo!», se convertía en lobo. El águila le dio una pluma para que dijese: «¡Ay de mí, el águila!» y se convirtiese en águila; y la hormiga una patita para que dijera: «¡Ay de mí, hormiga!» y se volviese hormiga.

Ya con estos regalos, se volvió a su casa y le dijo al padre que podía entregarlo a la sirena. Aquél lo llevó y al entregárselo tocó la pluma y después de decir las palabras «¡Ay de mí, águila!», se volvió águila y se marchó del primer vuelo al palacio. Y la princesa, al ver aquel pájaro tan bonito, lo hizo coger y lo colocó atado a los pies de la cama. Por la noche se volvió hombre; la princesa se asustó; pero él la tranquilizó y le contó su historia. El rey quiso se quedase en palacio y todos lo querían mucho; todas las tardes salía en coche con el rey y la princesa, y otras veces a dar paseos en lancha por el mar.

Un día la sirena lo vio y le echó mano y se lo tragó a vista del rey. El rey dijo que aún encontraba medio de sacarlo de la sirena. Como a las sirenas les gusta mucho el oro y la plata, mandó hacer un remo de plata, y un día salieron en busca de la sirena y le dijeron que si les enseñaba el joven aunque no fuese más que medio cuerpo, le regalarían el remo de plata. La sirena les enseñó la cabeza solamente, así que él nada pudo hacer todavía; mas la princesa le dijo que si se lo enseñaba de medio cuerpo, le regalaría un remo de oro. La sirena dijo que sí y al otro día se lo llevaron, y la sirena sacó el medio cuerpo del joven, que, hallándose en esta libertad, pudo tomar la forma de águila y se echó a volar. La sirena dijo:

—¡Ah, pícaros, que me han engañado! Pero yo me vengaré.

Y, al irse a volver a palacio la princesa, se abrió la tierra y se la tragó.

El águila, que vio lo que pasaba, dijo:

—Pues yo habré de sacarla.

Y hecho un hombre de nuevo, le dijo a unos albañiles que hicieran un agujero pequeño en aquel sitio. Entonces sacó la patita de la hormiga y dijo:

—Vuélvome hormiga —y se entró dentro de un castillo y quiso volverse águila.

La reina lo conoció enseguida y cuando salió el gigante que la guardaba, el joven se convirtió en hombre y dijo a la princesa que se volviese ella también hormiga para salir juntos. Así lo hicieron y llegaron a palacio donde el padre se puso tan contento y permitió al libertador de su hija que se casara con ella. Vivieron muy felices; pero siempre cuidando de no pasear nunca por el mar para no encontrarse con la sirena.⁴⁴

44 Cipriana ÁLVAREZ DURÁN: *Biblioteca de las Tradiciones Populares Españolas I*, Sevilla: Francisco Álvarez y Cía, 1883, pp. 183-186. Sigo la edición de Julio CAMARENA LAUCIRICA y Maxime CHEVALIER: *Catálogo tipológico del cuento folklórico español Cuentos maravillosos*, Madrid: Gredos, 1995, pp. 115-117.

MUCHAS MÁS SIRENAS LITERARIAS

Resulta curioso que, tan asociadas como están las figuras y las representaciones de las sirenas a la tradición grecolatina –especialmente a la griega–, sólo una nómina relativamente escogida de autores clásicos –Homero, Apolonio de Rodas, Platón, Apolodoro, Pausanias, Higino, Ovidio, Plutarco, y pocos más– hicieran comentarios sobre ellas que fueran más allá de su simple mención. Y que fuera a partir de la Edad Media cuando sus descripciones y representaciones aumentaron y se hicieron casi obsesivas en la literatura, e incluso en las artes figurativas, de todo Occidente.

En la Edad Media y en el Renacimiento, los bestiarios, los libros de viajes –que muy bien podríamos denominar libros de prodigios y de maravillas–, los de música, los de filosofía y teología –que gustaban de identificar a las sirenas con las seducciones y los engaños del mundo–, los tratados mitográficos y alegóricos, y, por supuesto, la escultura y la pintura en edificios religiosos y civiles, y los motivos decorativos en manuscritos y códices –y luego en impresos–, situaron a las sirenas entre sus tópicos más cultivados. En pleno núcleo de la Edad Media, Dante las identificó –en su *Purgatorio* XIX:16-24– con el pecado de la Pereza:

Al recobrar su voz de suelto trino,
comenzó ella a cantar, y fuera pena
no escuchar aquel canto peregrino:
«Yo», cantaba, «yo soy dulce sirena
que en el mar extravió al marinero:
a tal punto mi cántico enajena.
Hizo perder su vago derrotero
mi canto a Ulises: quien me oyó me evoca
por siempre ya, pues le fascino entero».⁴⁵

Las citas, menciones y descripciones de sirenas fueron moneda muy corriente en toda la literatura medieval –como luego lo serían en la renacentista– española.⁴⁶ Justo a finales de esa época y en los inicios del Renacimiento,

45 DANTE ALIGHIERI: *La divina comedia*, ed. A. Echeverría, Madrid: Alianza, reed. 2000, p. 322.

46 Véase al respecto Nicasio SALVADOR MIGUEL: «Las sirenas en la literatura medieval castellana», *Sirenas, monstruos y leyendas (Bestiario marítimo)*, ed. G. Santonja, Madrid: Sociedad Estatal Lisboa '98, 1998, pp. 89-120; y Maxim P. A. M. KERKHOF: «Sobre la sirena en la literatura española del siglo XV», *Studia in honorem Germán Orduna*, Alcalá de Henares: Universidad, 2001, pp. 341-346.

el *Diario* de Cristóbal Colón relataba el encuentro de su barco –el 9 de enero de 1493– con tres sirenas «que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara» y que, si no causaron gran impresión al Almirante, fue porque él –aseguró– había ya contemplado otras en Guinea y en la costa de la Menegueta.⁴⁷ También en los albores del Renacimiento, el *Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam defendía que «la vanagloria era la más dulce de las sirenas, y también la más denostada por estos sabios». ⁴⁸ Fernando de Rojas mencionó a las sirenas en *La Celestina*, igual que hizo el portugués Gil Vicente en su *Nau de Amores*, en la *Corte de Júpiter* y en el *Auto das Fadas*, o Antonio de Torquemada en su *Jardín de flores curiosas*. Pero Mexía, en su *Silva de varia lección* I:24, hablaba de:

Teodoro Gaza, varón de grande y varia doctrina en tiempo de nuestros padres, que afirmava y contava, según algunos escriven (señaladamente Alexandro de Alexandro, en cuya presencia lo contó muchas vezes), que, estando él en Grecia, en la costa de la mar, y aviendo passado una muy grande tormenta y tempestad estraña, la mar echó en la costa alguna cantidad de peces, y entre ellos vio un pece o nereyda de rostro perfectamente humano, de muger muy hermosa, y assí lo parecía hasta la cintura; y, de a? abaxo, fenecía en cola como de langosta, según vemos pintada la que dize el pueblo serena de la mar. La qual estava en la arena, biva, y mostrando gran pena y tristeza en su gesto. Y dize más: que el mismo Teodoro Gaza, tirando della y como pudo, la trastornó en el agua; la qual, como en ella entró, començó a nadar con grande fuerça y destreza y desapareció, que nunca más la vieron.

No es de menos auctoridad y doctrina Georgio Trapesuncio; el qual, assí mismo, afirmava y contava aver visto él por sus propios ojos, andando paseando por la vera de la mar, descubrirse en el agua un pez que todo lo que descubría, que era medio cuerpo, era de forma de muger muy hermosa: de lo qual estava él muy admirado y espantado. Y assí, se encubría y descubría hasta que sintió que era vista, y se metió en el agua y no tornó a salir más.⁴⁹

Tampoco en el Barroco aminoraron los ecos literarios de las sirenas. El gran William Shakespeare, en *El sueño de una noche de verano* II:1, ponía estas palabras en boca de Oberón:

47 Véase Juan GIL: *Mitos y utopías del Descubrimiento I Colón y su tiempo*, Madrid: Alianza Universidad, 1994, p. 42. Véase además el comentario en p. 43: «¿De dónde pudo obtener Colón esas noticias? Forzoso es reconocer que no le costó mucho esfuerzo ni mucha imaginación dar con ellas, pues en una mapamundi como la catalana de 1375 aparecen las sirenas junto a las costas de la Tapróbana y más allá, en la isla de Jana, está acotada una comarca con el letrero *regio femarum*, error evidente por *feminarum*, «provincia de las mujeres», donde es de pensar que vivían libres y a su aire aquellas lozanas hembras de armas tomar».

48 ERASMO DE ROTTERDAM: *Elogio de la locura*, ed. P. Rodríguez Santidrián, Madrid: Alianza, reed. 2000, p. 66.

49 Pero MEXÍA: *Silva de varia lección*, ed. A. Castro, 2 vols., Madrid: Cátedra, 1989) I, pp. 375-376.

Mi buen Robín, acércate. ¿Recuerdas
que una vez, sentado en un promontorio,
oí a una sirena montada en un delfín
entonar tan dulces y armoniosas melodías
que el rudo mar se volvió amable con su canto
y algunas estrellas saltaron locas de su esfera
oyendo a la ninfa de los mares?⁵⁰

Y muy poco después, Miguel de Cervantes, en su última obra, *Los trabajos de Persiles y Segismunda* II:15, describía el rapto que unas cortesanas sensuales y seductoras hacían de unos marineros náufragos de forma tal que –aunque nunca llegó a identificar como «sirenas» a tales damas– es imposible no ver a su trasluz la influencia del modelo clásico:

Vimos salir de la abertura de una peña, primero un suavísimo son, que hirió nuestros oídos y nos hizo estar atentos, de diversos instrumentos de música formado; luego salió un carro, que no sabré decir de qué materia, aunque diré su forma, que era de una nave rota que escapaba de alguna gran borrasca; tirábanla doce poderosísimos jímios, animales lascivos. Sobre el carro venía una hermosísima dama, vestida de una rozagante ropa de varias y diversas colores adornada, coronada de amarillas y amargas adelfas. Venía arriada a un bastón negro, y en él fija una tablachina o escudo, donde venían estas letras: SENSUALIDAD. Tras ella salieron otras muchas hermosas mujeres, con diferentes instrumentos en las manos, formando una música, ya alegre y ya triste, pero todas singularmente regocijadas.

Todos mis compañeros y yo estábamos atónitos, como si fuéramos estatuas sin voz, de dura piedra formados.

Llegóse a mí la sensualidad y con voz entre airada y suave me dijo:

–Costarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, a lo menos el gusto.

Y diciendo esto, pasó adelante, y las doncellas de la música arrebataron, que así se puede decir, siete o ocho de mis marineros, y se los llevaron consigo y volvieron a entrar-se, siguiendo a su señora, por la abertura de la peña.⁵¹

A finales del Barroco, Calderón de la Barca componía una comedia entera con el título de *El golfo de las sirenas*. Y en el siglo siguiente, el de las Luces, las sirenas seguían siendo imaginadas por doquier. De 1716 es el pórtico de una catedral americana que inspiró al escritor uruguayo Eduardo Galeano una sugestiva reflexión sobre el sincretismo entre las mitologías de Europa y de América y sobre la capacidad de adaptación de nuestras indestructibles sirenas:

50 William SHAKESPEARE, *El sueño de una noche de verano*, en *El sueño de una noche de verano. Noche de reyes*, trad. Á.-L. Pujante, Madrid: Espasa, 2002, pp. 57-141, p. 77.

51 Miguel de CERVANTES: *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, ed. J. B. Avallé-Arce, Madrid: Castalia, 1992, pp. 242-243.

En el pórtico principal de la catedral de Puno, Simón de Asto tallará en piedra dos sirenas.

Aunque las sirenas simbolizan el pecado, el artista no esculpirá monstruos. El artista creará dos hermosas muchachas indias que alegremente tocarán el charango y amarán sin sombra de culpa. Ellas serán las sirenas andinas, Quesintuu y Umantuu, que en antiguos tiempos brotaron de las aguas del lago Titicaca para hacer el amor con el dios Tunupa, dios aymara del fuego y del rayo, que a su paso dejó una estela de volcanes.⁵²

En el período de transición entre el Neoclasicismo y el Romanticismo en el que dominó como figura esencial el alemán Johann Wolfgang von Goethe, las sirenas de la Segunda Parte de su *Fausto* cantaban así:

Oíd, nosotras venimos aquí por legiones y entonando armoniosos cantos, cual corresponde a las Sirenas...

Lanzaos en las ondas del Peneo. Hay que nadar batiendo el agua y entonar canción tras canción para el bien de la gente infortunada. Sin agua no hay dicha alguna. Si nos dirigimos presurosas en lucido enjambre hacia el mar Egeo, todo placer nos caerá en suerte.⁵³

Bien avanzado ya el siglo XIX, y casi apagados los rescoldos del romanticismo, Arthur Rimbaud, en su inmortal poema *Soleil et chair* (*Sol y carne*), hacía una intensa evocación de una sirena:

Es la Ninfa que sueña, acodada en su ánfora,
con blanco y bello joven que su onda estrechó.⁵⁴

Y décadas después, en los inicios del XX, el británico J. M. Barrie, las hacía cantar y nadar en su celeberrimo *Peter Pan* (1904):

El momento más hechizador para verlas es cuando cambia la luna, entonces sueltan unos extraños gritos lastimeros, pero la laguna es peligrosa en esas circunstancias para los mortales y hasta la noche que vamos a relatar ahora, Wendy no la había visto nunca a la luz de la luna, no tanto por miedo, ya que por supuesto Peter la habría acompañado, como porque había instaurado la norma estricta de que todo el mundo estuviera en la cama a las siete. Sin embargo, iba con frecuencia a la laguna en los días soleados después de llover, cuando las sirenas emergen en enormes cantidades para jugar con burbujas. Emplean como pelotas las burbujas multicolores hechas con agua del arco iris, pasándoselas ale-

52 Eduardo GALEANO: *Memoria del fuego II Las caras y las máscaras*, Madrid: Siglo XXI, reed. 1996, p. 18.

53 Johann Wolfgang von GOETHE: *Fausto*, ed. M. J. González y M. Á. Vega, Madrid: Cátedra, 1999, pp. 311 y 320. Véanse también las pp. 333 y 340-341.

54 Arthur RIMBAUD: *Poesías completas*, eds. G. Celaya, V. Vitier, A. Núñez y D. Conte, Madrid: Visor, 1997, p. 33.

grememente las unas a las otras con la cola y tratando de mantenerlas en el arco iris hasta que estallan. Las porterías están a cada extremo del arco iris y a las porterías sólo se les permite usar las manos. A veces hay cientos de sirenas jugando en la laguna a la vez y es un espectáculo muy bonito.

Pero en el momento en que los niños intentaban participar tenían que jugar solos, pues las sirenas desaparecían inmediatamente. No obstante, tenemos pruebas de que observaban secretamente a los intrusos y eran capaces de tomar alguna idea de ellos, porque John introdujo una forma nueva de golpear la burbuja, con la cabeza en lugar de la mano, y las porterías sirenas la adoptaron.⁵⁵

Quien piense que el siglo XX, el de las vanguardias, el que fue acumulando casi sin reposo –sobre todo en su primera mitad– las renovaciones estéticas más radicales de la historia, no se interesó por el perfil venerable de unos seres que hundían sus raíces en el más viejo imaginario clásico, se equivoca. Uno de los abanderados más entusiastas e inconformistas de las vanguardias que revolucionaron el panorama de las artes desde los inicios de ese mismo siglo, el francés Guillaume Apollinaire, eligió a las sirenas como uno de sus tópicos más recurrentes y de sus iconos principales. En su *Bestiario*, el poema dedicado a las sirenas decía:

¿Sé de dónde proviene, sirenas, vuestra pena,
cuando en el mar, de noche, soltáis vuestros lamentos?
Soy como tú, mar, lleno de voces maquinadas,
y se llaman los años mis navíos cantantes.⁵⁶

En el gran poemario titulado *Alcoholes* (1913), los versos y las referencias dedicados a las sirenas abundaban. Así sucede en *Arrabal*:

Por un momento todo oculta con sus ardientes cenizas
abandonando sus peligrosos estrechos las sirenas
cantando armoniosamente las tres llegan.⁵⁷

Y también en la *Respuesta de los cosacos zaporogos al sultán de Constantinopla*:

55 J. M. BARRIE: *Peter Pan*, trad. N. de Terán Bleiberg, Madrid: Alianza, reed. 1998, pp. 101-102; véanse también las pp. 42, 53, 73, 99, y 112-114.

56 Guillaume APOLLINAIRE: *Poemas. El Bestiario. Alcoholes. Caligramas. Poemas diversos*, ed. A. Bartra, México DF: Ed. Joaquín Mortiz, 1967, p. 61.

57 Guillaume APOLLINAIRE: *Alcoholes. El poeta asesinado*, ed. J. I. Velázquez, Madrid: Cátedra, 2001, p. 123.

Una estela tras de sí dejaban sus miradas
de estrellas en las trémulas noches
en sus ojos nadaban las sirenas
y nuestros besos hasta la sangre apasionados
a nuestras hadas madrinas hacían llorar.⁵⁸

O en *Vendimiario*:

Pero dónde quedó la luminosa mirada de las sirenas
que engañó a los marinos que aquellos pájaros amaban
ya no ha de seguir girando por los escollos de Escila
donde las tres voces suaves y serenas cantaban.

De repente el estrecho su faz había cambiado
rostros de la carne del agua de todo
lo que imaginarse pueda
sobre rostros enmascarados sólo máscaras sois

Entre las orillas sonreía el joven nadador
y flotando en su agua renovada los ahogados
en pos de él huían las dolientes cantoras
se despidieron del abismo y del arrecife

de sus pálidos esposos tendidos en las terrazas
y luego alzando su vuelo hacia el ardiente sol
allí en el agua donde los astros se hunden con ellos se fueron.⁵⁹

La Noche renana es uno de los poemas de Apollinaire que aborda el tema de *Loreley*, la bellísima joven que atraía fatalmente a los hombres y que, tras su suicidio arrojándose a las aguas del Rhin, se convierte en una especie de ondina que fue cantada y celebrada por algunos de los más grandes poetas y dramaturgos del romanticismo alemán y europeo (como puede muy bien comprobar quien lea las páginas dedicadas a ella del capítulo de este libro escrito por Rebeca Sanmartín):

Lleno está mi vaso de un vino trémulo como una llama
escuchad la lenta canción de un batelero
que cuenta que una vez bajo la luna siete mujeres vio
cuyos largos y verdes cabellos hasta sus pies retorcían

En pie y cantad con más fuerza mientras en corro bailáis
que el canto del barquero deje yo de escuchar

58 APOLLINAIRE: *Alcoholes*, p. 153.

59 APOLLINAIRE: *Alcoholes*, pp. 417-419.

y que a mi lado vengan todas las rubias doncellas
de inmóvil mirada de trenzas recogidas

Ebrio está el Rin el Rin donde las viñas se contemplan
para reflejarse en él todo el tembloroso oro nocturno cae
en estertores de muerte sigue cantando la voz
a esas hadas de verdes cabellos que el verano embrujan

Como una carcajada mi vaso se rompió.⁶⁰

Pero es posiblemente el poema de Apollinaire titulado *La Loreley* el que con mayor amplitud y estilo más clásico describe –está inspirado de cerca por los célebres poemas alemanes de Brentano y Heine– la historia de la desdichada sirena del Rin:

En Bacharach una rubia hechicera había
que a todos los hombres de los contornos hacía morir de amor

Ante su tribunal el obispo la convocó
y de antemano tan bella era la absolvió

Oh hermosa Loreley de ojos colmados de pedrerías
qué mago te enseñó tanta brujería

Cansada estoy de vivir malditos están mis ojos
quienes me miraron obispo por ellos perecieron

Llamas son mis ojos y no pedrerías
arrojad arrojad a las llamas tanta brujería

En esas llamas ardo oh hermosa Loreley
que otro te condene yo embrujado estoy por ti

Obispo no os burléis. Rezad más bien a la Virgen por mí
ordenad mi muerte y que os proteja Dios

Hacia un país lejano fue mi amante
ya que nada amo mi muerte ordenad

Tanto me duele mi corazón que me es preciso morir
si a mí misma me mirara tendría que morir

60 APOLLINAIRE: *Alcoholes*, pp. 318-321.

Tanto me duele el corazón desde que él ya no está
tanto me ha dolido el corazón desde el día en que se fue

Tres caballeros con sus lanzas el obispo hizo venir
conducid hasta el convento a esta demente mujer

Vete enloquecida Lore vete Lore de trémulos ojos
en monja de blancos y negros hábitos te has de convertir

Luego por el camino los cuatro se iban yendo
les imploraba la Loreley y como astros brillaban sus ojos

Permitidme caballeros hasta aquella roca tan alta subir
para por última vez mi hermoso castillo contemplar

Para verme reflejada en el río por última vez
y luego al convento de viudas y vírgenes he de ir

Allá en lo alto retorció el viento su suelta cabellera
gritaban los caballeros Loreley Loreley

Allá a lo lejos por el Rin una barquita se acerca
y en ella mi amante va que me ha visto que me llama

Qué dulce se torna mi corazón es mi amante que llega
ella entonces se inclina y al Rin va a caer

Por haber visto en el agua la hermosa Loreley
sus ojos color de Rin sus dorados cabellos de sol.⁶¹

Aún más radicalmente vanguardista que Apollinaire fue Tristan Tzara, y en su disparatado *Manifiesto Dada 1918* tampoco olvidó mencionar a las sirenas:

Prepáremos la supresión del duelo y reemplacemos las lágrimas con sirenas tendidas de un continente a otro.⁶²

También T. S. Eliot, el máximo renovador del lenguaje poético inglés del siglo XX, introdujo la figura de las sirenas en sus *Inventions of the March Hare* (*Inventos de la liebre de marzo*), prácticamente contemporáneos de las obras de Apollinaire y Tzara ya mencionadas:

61 APOLLINAIRE: *Alcoholes*, pp. 332-337.

62 Tristan TZARA: *Siete manifiestos dada*, trad. H. Haltter, Barcelona: Tusquets, reed. 1999, p. 18.

¿Me peinaré hacia atrás? ¿Y si me como un melocotón?
Llevaré unos pantalones blancos de franela, pasearé por la playa.

He oído cantar a las sirenas, una a otra.

No creo que canten para mí.

Las he visto surcar las olas y dirigirse a alta mar,
peinando el blanco cabello de las olas que el viento despeina
cuando el viento sopla sobre el agua blanca y negra.

Nos demoramos en las cámaras del mar
junto a sirenas con guirnaldas de algas rojas y castañas,
hasta que nos despierten voces humanas, y nos ahoguemos.⁶³

También por la misma época, otro de los máximos renovadores de la literatura del siglo XX, Franz Kafka, escribía, en un cuento inconformista y perturbador titulado *El silencio de las sirenas*, que:

...las sirenas poseen un arma mucho más terrible que su canto: su silencio. Aún no ha ocurrido, pero entra dentro de lo razonable que alguien pudiera salvarse ante su canto, lo que en ningún caso podría suceder ante su silencio. Nada en la tierra puede superar el sentimiento de haberlas vencido con las propias fuerzas, tampoco la arrogancia resultante de esa victoria, que todo lo arrebatara.

Y, en realidad, cuando Odiseo llegó, aquellas violentas cantantes no cantaron, ya fuera porque creyeran que a ese enemigo sólo se le podría vencer con el silencio, ya porque al ver el rostro de felicidad de Odiseo, quien sólo pensaba en cera y cadenas, olvidaran sus cantos.⁶⁴

Por cierto, que años después, el gran pensador y narrador español Rafael Argullol, volvería a inquietarse, en su colección de aforismos y reflexiones titulada *El cazador de instantes*, por la simple posibilidad de que existieran las sirenas silenciosas:

El canto de las sirenas es peligroso, pero mucho más peligroso es que las sirenas enmudezcan. Sin su canto el silencio de la travesía se hace verdaderamente insoportable.⁶⁵

63 T. S. ELIOT: *Inventos de la liebre de marzo. Poemas 1909-1917*, ed. D. López García, Madrid: Visor, 1901, p. 101.

64 Franz KAFKA: *Cuentos completos, (textos originales)*, trad. J. R. Hernández Arias, Madrid: Valdemar, 2000, pp. 298-289.

65 Rafael ARGULLOL: *El cazador de instantes: Cuaderno de travesía 1990-1995*, Barcelona: Destino, 1996, núm. 217, p. 107.

El *Ulises* (1922) de James Joyce, quizás la empresa narrativa más arriesgada y original de todo el siglo XX, tiene todo un capítulo –lógico en una obra que pretende trasladar el itinerario mítico de Ulises a un escenario y a una vida dublíneses del siglo XX– dedicado a las «Sirenas», que en su caso se identifican con ciertas mujeres de vida disipada del Dublín nocturno:

Dentro del bar entró mariposeando Mr. Dedalus. Lascas, arrancando lascas de la uña rocosa del pulgar. Lascas. Mariposeó.
 –Vaya, bienvenida de vuelta, Miss Douce.
 Le cogió de la mano. ¿Disfrutó de sus vacaciones?
 –Magníficas.
 Esperaba que le hubiera hecho buen tiempo en Rostrevor.
 –Espléndido, dijo ella. Mire qué fantoche estoy hecha. Echada en la playa todo el día. Blancura de bronce...
 –Muy picaruela es usted, le dijo Mr. Dedalus presionándole la mano indulgentemente. Tentando a infelices y simples varones.
 Miss Douce de raso acarameló la retirada del brazo.
 –¡Vamos! ¡Vamos! dijo. ¿Usted simple? no lo creo.⁶⁶

Tampoco han faltado sirenas en la literatura española del siglo XX. En uno de los poemarios aurorales de la llamada Generación del 27, el inspiradísimo *Marinero en tierra* (1924) de Rafael Alberti, su presencia es continua:

¡Arrójame a las ondas, marinero:
 –Sirenita del mar, yo te conjuro!
 ¡Sal de tu gruta, que adorarte quiero,
 sal de tu gruta, virgen sembradora,
 a sembrarme en el pecho tu lucero!⁶⁷

Muy pocos años después, en el poemario *Cuaderno de San Martín* (1929), incluía Jorge Luis Borges unos versos acerca de la *Fundación mítica de Buenos Aires* que convertían a las sirenas en testigos de aquel suceso:

Lo cierto es que mil hombres y otros mil arribaron
 por un mar que tenía cinco lunas de anchura
 y aun estaba poblado de sirenas y endriagos
 y de piedras imanes que enloquecen la brújula.⁶⁸

66 James JOYCE: *Ulises*, ed. F. García Tortosa, Madrid: Cátedra, 2001, p. 299.

67 Rafael ALBERTI: *Marinero en tierra. La amante. El alba del alhelí*, ed. R. Marrast, Madrid: Castalia, 1972, pp. 79-80. Véanse además las pp. 81, 134, 137, 141-142. Y también las menciones a las sirenas en *La amante*, pp. 167, 175, y en *El alba del alhelí*, pp. 240 y 252-253.

68 Jorge Luis BORGES: *Obras completas I*, Barcelona: Emecé, reed. 1996, p. 81.

El capitán Samaritano les tenía un afecto casi maternal a los manatíes, porque le parecían señoras condenadas por algún extravío de amor, y tenía por cierta la leyenda de que eran las únicas hembras sin machos en el reino animal. Siempre se opuso a que les dispararan desde la borda, como era la costumbre, a pesar de que había leyes que lo prohibían. Un cazador de Carolina del Norte, con su documentación en regla, había desobedecido sus órdenes y le había destrozado la cabeza a una madre de manatí con un disparo certero de su Springfield, y la cría había quedado enloquecida de dolor llorando a gritos sobre el cuerpo tendido. El capitán había hecho subir al huérfano para hacerse cargo de él, y dejó al cazador abandonado en el playón desierto junto al cadáver de la madre asesinada. Estuvo seis meses en la cárcel, por protestas diplomáticas, y a punto de perder su licencia de navegante, pero salió dispuesto a repetir lo hecho cuantas veces hubiera ocasión. Sin embargo, aquel había sido un episodio histórico: el manatí huérfano, que creció y vivió muchos años en el parque de animales raros de San Nicolás de las Barracas, fue el último que se vio en el río.⁷¹

La segunda recreación del mito de las sirenas que hay en *El amor en los tiempos del cólera* se aproxima más al tópico de la mujer acuática que atrae a los navegantes hacia la perdición:

El único ser que se vio desde el buque, fue una mujer vestida de blanco que hacía señas con un pañuelo. Fermina Daza no entendió por qué no la recogían, si parecía tan afligida, pero el capitán le explicó que era la aparición de una ahogada que hacía señas de engaño para desviar los buques hacia los peligrosos remolinos de la otra orilla. Pasaron tan cerca de ella que Fermina Daza la vio con todos sus detalles, nítida bajo el sol, y no dudó de que en realidad no existiera, pero su cara le pareció conocida.⁷²

El inmenso poeta cubano José Lezama Lima incluyó en su poemario *Dador* de 1960 un hermosísimo poema (dedicado «para el Pbro. Ángel Gaztelu») que conjuga referencias clásicas y renacentistas con una original reformulación estilística del mito de las sirenas:

¿Quién podría decir, Ángel de las Escuelas,
que en Fray Luis, las *serenas*
son las sirenas?
Y que la primera sirte cancionera, *Querento*,
es la ciudad, el arroyo, el amigo o dinastías,
después que, como el humo, treparon adormecidas.
Que las ingrátidas amonestaciones de Cascales,
dirigen las *decretalis* a los confines donde los caballos
tasan su espuma por su igual confitería.

71 Gabriel GARCÍA MÁRQUEZ: *El amor en los tiempos del cólera*, Barcelona: Mondadori, reed. 1999, p. 475.

72 GARCÍA MÁRQUEZ: *El amor en los tiempos del cólera*, p. 476.

El taponado oído, que es también sirena,
 conserva su parábola chorreante,
 mitad lince bigotillo o jabalí lloroso,
 entre la cueva y la mano en hilo.
 Pero el caer de la cera en el oído enrejilla el secreto,
 graba las inscripciones contra Aquiles de la tortuga en el peto.
 Pero hoy las sirenas están en la capa, en el cubrefuego,
 o ya en los contraídos nudos del hiperbaton latino,
 pues la ciudad cabecea, se vuelve ondear marino.
 Pero el demonio sigue haciendo con el tiempo una masa harinosa,
 que el homúnculo no puede ya cortar,
 percibiendo la planicie de un zumbido en torno de la higuera.
 Así usted, mi querido Ángel de las Escuelas,
 sabe que el tiempo se disuelve contemplado el *esse sustancialis*,
 y la Forma, hecha de la arenosa resistencia.
 Y que la divisa de un candoroso, enfermo heresiarca:
Conozco aquel en quien he creído,
 sólo llueve en la flauta cuando él nos quiere conocer,
 y nos escarba hasta transparentarnos.
 ¿Quién podría decir, Ángel de las Escuelas,
 que en Fray Luis, las *serenas*
 son las sirenas?
 Su decidida nariz y su paladeo de merluza con aguja del paladar,
 y su rapidez criolla que sabe de la torrecilla en la espalda,
 tienen el despertado naciente del sello de la alianza,
 nos hacen creer en la misteriosa artesanía del mantel
 que se acerca y del volante verbo la mazorca,
 y todo ello resurrecciona cuando usted brama en la puerta
 y alboroz.⁷³

La sirena inconforme es el título de un cuento brevísimo y perturbador del escritor guatemalteco Augusto Monterroso. La protagonista es una sirena que:

...luchó hasta el fin, incluso después de que aquel hombre tan amado y deseado desapareció definitivamente. Pero el tiempo es terco y pasa y todo vuelve.

De modo que, la vez siguiente,

Ulises se detuvo, desembarcó, le estrechó la mano, escuchó el canto solitario durante un tiempo según él más o menos discreto, y cuando lo consideró oportuno la poseyó ingeniosamente; poco después, de acuerdo con su costumbre, huyó...⁷⁴

73 José LEZAMA LIMA: *Poesía completa*, ed. C. López, Madrid: Alianza, 1999, pp. 268-269.

74 MONTERROSO: «La Sirena inconforme», *Cuentos, fábulas y lo demás es silencio*, Madrid: Alfaguara, 1996, p. 213.

También para el gran escritor uruguayo Eduardo Galeano ha sido el mito de las sirenas uno de los más próximos y recurridos. Varios de los relatos de su volumen de relatos *Las palabras andantes* reelaboran, de formas diversas, el mito. El primero, el titulado *Ventana sobre la diosa del mar*, evoca la figura de una diosa afrobrasileña en cuyo muy sincrético perfil es fácil reconocer los rasgos que también adornan a las sirenas de todo tiempo y lugar:

Iemanyá vive en las honduras del agua. Allí recibe las ofrendas. En el día de su fiesta, los pescadores de Bahía navegan cantando alabanzas a la diosa coqueta y glotona, y desde las barcas le prodigan halagos de perfumería y de confitería.

Cuando le gustan los regalos, ella brinda los favores de su amparo. Cuando los rechaza, y devuelve a las arenas de la playa las flores blancas, los espejos, los abanicos, los peines, los perfumes y las golondrinas, los pescadores tiemblan, tendrán mal año, año de pocos peces y mucho peligro, y más de uno será tragado en alta mar para que Iemanyá calme sus furias y sus hambres de mujer.⁷⁵

Otro hermosísimo relato de Galeano, la *Historia de la andariega del agua, que viajó río adentro y noche arriba*, tiene por protagonista a una joven que primero vive como sirena en el agua, y luego como cometa en el cielo:

...Siempre fue ida. Pero volvía. Varias veces la dieron por ahogada; pero volvía.

La familia quería educarla:

–Respirá, Garúa –le decían–. Hacele caso a la maestra, que ella sabe.

Y le decían:

–Respirar es una cosa que hace mucho bien.

Entre el aire y el agua, ella prefería el agua; y no había manera de corregirle la manía. Al atardecer se hundía en el río Olimar, y allá en lo hondo se dejaba estar y se dejaba ir. La luna se abría camino en la noche del agua, y las piedras pulidas del río eran estrellas de un cielo al revés. Garúa las veía pasar, y veía pasar los peces, y los brazos de las algas saludando, y en aquella luminosa oscuridad nadie podía encontrarla y a nadie debía obediencia.

En lo mojado, Garúa era. En lo seco, no. En lo seco, quería dormir. Dormir era lo único que quería. Echada entre las cobijas, soñaba que cabalgaba un pez espada que se volvía tiburón, el tiburón se convertía en ballena, la ballena era una isla, la isla se desprendía del mundo. Y a bordo de la isla Garúa navegaba por las olas del cielo.

Y fue. Pero no así. Se supo en los fogones.

En las noches de frío, los hombres se acurrucan, emponchados, en torno del fuego. En ruedas de mate y caña, fuman y se cuentan mentiras que dicen la verdad. Así se vengán del frío y de la bobería de vivir, y así pasan el tiempo que el día ha juntado para que lo pierda la noche.

75 Eduardo Galeano, con grabados de J. Borges, *Las palabras andantes*, Madrid: Siglo XXI, reed. 2001, p. 137.

Garúa era tema de fogones. Unos aborrecían a la machona que nunca se había abrochado el pelo ni había pedido una muñeca; otros eran curiosos de la sirenita y había quienes admiraban a la amazona del agua.

En los fogones se decía que Garúa cazaba patos por las patas. Los cazaba en la laguna, desde abajo del agua. Sumergida, sin asomar la cabeza, Garúa iba atando las patas de los patos con un largo hilo. Cuando había atrapado una buena cantidad, pegaba un tirón desde las profundidades y nadando se los llevaba hasta la orilla. Allá llegaban listos para ser desplumados.

Hasta que un día, se dijo en los fogones, un pato recién atado se asustó y se echó a volar y toda la bandada voló tras él, y tras los patos voló Garúa, agarrada del hilo.

En los fogones se supo que la madre la vio pasar, prendida a la cola de esa gran cometa de patos que iba remontando cielo; y la vio perderse en las alturas.⁷⁶

Las sirenas siguen vivas en la imaginación literaria del recién iniciado siglo XXI. El gran narrador español Luis Landero, dentro de un libro autobiográfico y metapoético que se titula *Entre líneas: el cuento o la vida* (2001), ha explicado cómo forman parte irrenunciable de su pasado y también de su presente de escritor:

Dentro del cuento, naturalmente, había algunos ruidos, que el niño oía con la imaginación: las palabras de los personajes, el canto de las sirenas, las voces lejanas de los marineros y, sobre todo, el trajín de las olas. Fuera del cuento había también otros ruidos, como por ejemplo las campanadas del reloj, el piar de los pájaros...⁷⁷

Y, en un cuento muy reciente, el titulado «Una sirena de coral en el río», otro de los más grandes narradores vivos, el portugués António Lobo Antunes, imaginaba de este modo a las sirenas del río Tajo:

Mi padre usaba ese día una corbata color perla, con un alfiler que era una sirena de coral.

Mi madre incluso insistió para que yo trajese la sirena

–Ponte la sirena, Carlos

con la esperanza de resucitar el resentimiento complaciente en el que la vida de ambos se había convertido.

.....

Los viernes, como estoy acompañado, le presto menos atención a la tulipa para que mi novia imagine que estoy pendiente de ella. Se llama Berenice, un nombre que no le encaja bien a las gordas. Dália, por ejemplo, sería mejor. Hice la prueba.

Dália

y mi novia en el acto

76 Eduardo Galeano, con grabados de J. Borges, *Las palabras andantes*, Madrid: Siglo XXI, reed. 2001, pp. 306-309.

77 Luis LANDERO: *Entre líneas: el cuento o la vida*, Barcelona: Tusquets, 2001, p. 23.

–¿Quién es Dália?
 toda erizada de celos. Me apetece explicarle
 –Deberías ser Dália
 pero, como la vida me enseñó que las personas son susceptibles, me callo. Me quedo
 así callado una media hora a gusto hasta que de repente ella
 –¿Quién es Dália?
 me sacude el hombro y busca pelos en mi chaqueta, como si los pelos viniesen con el
 nombre de su dueña impreso.

 Berenice insistió
 –¿Para qué quieres, dime, una corbata color perla?
 y como no le respondí se calló después de llamarme insensible. Por mi parte cerré los
 ojos y me pareció ver una sirena de coral en el río. Es bueno pensar en sirenas mientras la
 tulipa de cristal esparce sobre nosotros una mansa y menuda claridad. Creo que por un
 momento me sentí feliz de ese modo: con los ojos cerrados abrazando a la sirena. Debe
 de haber una sirenas más gordas que las otras preguntando obstinadas
 –¿Quién es Dália?
 en las espumas del Tajo.⁷⁸

LAS SIRENAS EN LA LITERATURA ORAL

Después de asomarnos a todo este amplísimo muestrario de sirenas inmortalizadas por la escritura de algunos de los autores más célebres de la historia, vamos a regresar, si no a las fuentes –preliterarias e irrecuperables– del mito, sí a su esencia, que se encuentra indudablemente muy vinculada a la tradición oral, y que puede ser conocida y comprendida mejor a través de algunos de los paralelos que todavía hoy pueden escucharse y recogerse de nuestro mito. Pues, por más que los textos que hemos conocido formen parte de un complejo ovillo de influencias de unos sobre otros, de ecos cruzados y de intertextualidades anudadas, por más que Dante y Goethe modelasen sus sirenas a partir de las de Homero, o que Apollinaire se inspirase para componer su *Loreley* en Heine y en Brentano, lo cierto es que el cimiento común de todos estos textos, el sustrato que con mayor vigor y constancia les ha alimentado, es, sin duda, el de los relatos orales transmitidos de generación en generación, de padres a hijos, de viejos a jóvenes, acerca de estos seres que no sólo poblaron las imaginaciones y las creencias de los griegos, de los romanos, o de los hombres y de las mujeres de la Edad Media, sino que siguen poblando, todavía hoy, las de muchos hombres y mujeres que creen en ellas como actores no de sus sueños e imaginaciones, sino de sus propias historias personales, familiares y locales.

78 António LOBO ANTUNES: «Una sirena de coral en el río», *Babelia*, 16 de febrero de 2002, p. 32.

Muchas pruebas se pueden aducir del estatus de verosimilitud que siguen teniendo, para la gente del pueblo, muchas historias acerca de sirenas. Una mujer de El Rincón de la Victoria (Málaga) me contó hace no mucho un relato en que lo mítico y lo histórico estaban tan íntimamente entrelazados como reflejan estas palabras:

Sí que se contaba de las sirenas. Y decían que venían por la noche. Eso sí me acuerdo.

Mi abuela, que nos contaba de que en la Cuesta del Cantar, a la salida del pueblo, que estaban las sirenas, que se llevaban los hombres. Los hombres guapos tenían que tener mucho *cuidao* porque se los llevaban las sirenas. Ahí que si se venían los muchachillos de un pueblo a otro, ¿no sabes?, en bicicleta, y iban, y bueno, pues los que se venían de La Cala, que ahora lo han unido todo, pues los que se venían de La Cala al Rincón, por la Cuesta del Cantar, había una cruz allí. Dicen que habían *matao* a un moro, y estaba la cruz. Y íbamos a ver a la reina mora porque están las torres de los moros, las torres esas que hacían los moros. Entonces, claro, había una ventana así y otra ventana, y cae una enfrente de otra. Y entonces, las piedras hacían de que se veía una cara y decíamos que era la reina mora con el pelo colgando.

Y entonces decían que los hombres guapos que se los llevaban las sirenas. Porque, como debajo estaba el mar, que se los llevaban las sirenas. Y apareció uno que después decían que si había visto un alijo, ¿no sabes? Y se había *tirao* a cogerlo, un alijo de tabaco, que era cuando aquello, ¿no? Y que se había *tirao* a cogerlo, y que se le había roto un botón de unos calzoncillos largos que llevaba puestos, y que se le había caído el pantalón y se había caído y se había *ahogao*. Y decían que habían sido las sirenas que se lo habían *llevao*. Y la Guardia Civil decía que no, que había sido que había ido a coger un alijo de tabaco.⁷⁹

Que las sirenas tienen para muchas personas rango no de eco fosilizado de un pasado clásico, sino de creencia viva y actualizada, fuente de emociones y de miedos, lo prueba el hecho de que en ciertos lugares su simple mención es utilizada para infundir miedo, como sucede, por ejemplo, en ciertas zonas de Canadá, en que se amenaza con las sirenas a los niños desobedientes⁸⁰. Por otro lado, en Perú:

...en Viernes Santo, las mujeres no podían irse a bañar al mar porque, si no, se volvían sirenas.⁸¹

79 La informante Encarnación Rando Conejo, de 59 años, nacida en El Rincón de la Victoria, fue entrevistada por mí en Madrid en noviembre de 1991.

80 Véase al respecto John WIDDOWSON: *If you don't be good: Verbal Social Control in Newfoundland*, St. John: University of Newfoundland, 1977, pp. 149-150.

81 Isabel BARAHONA: «Transcripción del trabajo de campo», en *Literatura tradicional sin fronteras: el repertorio multicultural de Montreal. Recueilli dans le cadre du Séminaire «Littérature et Folklore»*, ed. José Manuel PEDROSA, Montreal: Université, 1997, pp. 23-65, p. 56.

Y en la región de Armenia, en Colombia:

...el Viernes Santo no se lavaba nadie en el río ni se bañaba uno en el río, porque decían que una mujer se había convertido por eso en sirena, en mitad mujer y mitad pescado.⁸²

El mismo temor a bañarse durante la Semana Santa sigue existiendo todavía hoy en otras regiones de Colombia, como en la de Timbiquí, de donde procede la siguiente leyenda:

...De igual manera el baño... Entonces se podía bañar con mucho ruido y bracear, como se dice, en cualquier día, sin ningún problema. Pero en Semana Santa sólo se podía hacer hasta el martes. Ya el día miércoles, Jueves y Viernes especialmente, ya no se podía uno bañar libremente en el río haciendo mucho ruido, porque se convertía en pez, y un pez sirena si era mujer, y otro tipo de pez si era hombre.

Se hacían comentarios que en el pasado habían personas que habían sufrido esa situación. Era lo que pues realmente creaba la negación de poderlo hacer, ¿no? Que alguien ya le hubiese sucedido tal hecho. Así es, como un elemento de la costumbre de la festividad. Es más, se planteaba de que aquél que lo hiciere tenía la tendencia de estar todo el año, que todo el año iba a estar haciendo ese tipo de cosa, es decir, iba a asumir algunos comportamientos asociados con esa actividad, porque había quebrantado, digamos, un mandamiento o una orden, una situación de credo, digamos.⁸³

Tiene cierto arraigo en muchos lugares, todavía hoy, la creencia de que quien contemple o entre en contacto o despierte las iras de una sirena, puede volverse loco, y hay muchos lugares en el mundo en que el pueblo sigue explicando de ese modo determinadas enfermedades mentales. Conozcamos, para comprobarlo, el siguiente relato oral, verdaderamente emotivo, de Santa Caterina (Guatemala):

Generalmente, la *Ciguanaba* se aparece donde hay agua. Siempre está en los ríos o en los chorros. Aparenta ser una muchacha hermosa. Cualquiera cae por su belleza. Se puede escuchar a la *Ciguanaba* cuando se baña. O sea que uno la oye *sha, sha, shaaa*, echándose agua. Pero la persona que se le acerca, esa persona, tiene problemas mentales. Allá (en Guatemala), nosotros decimos que a esa persona «se la ganó la *Ciguanaba*». Se enloquece o se muere.

Catarino era primo hermano con mi papá. Él siempre iba a traerle el agua a su mamá. Se iba temprano, a las cinco o cinco y media para el riachuelo. Porque cuando él se iba a trabajar, ya mi tía tenía el agua en la casa. Pero un día, se levantó muy temprano, no vio

82 José Manuel PEDROSA: «Una colección de leyendas de Armenia (Colombia)», *Revista de Folklore* 219, 1999, pp. 90-101, núm. 20.

83 José Manuel PEDROSA: «Leyendas de Timbiquí (Cauca, Colombia): etnotextos y estudio comparativo», *Revista de Folklore* 245, 2001, pp. 168-175, núm. 8.

la hora y se fue a traer el agua. Dicen que eran como las doce de la noche, pero, según él, ya estaba amaneciendo. Se fue, y cuando llegó allá, él oía como si alguien se estaba bañando. También se oía como si había bastante gente, porque platicaban y se reían. El caminito era bien angostito, había que bajar una bajada y era bien oscuro, porque habían muchos árboles. Cuando él bajó para sacar el agua, vio que estaba bañándose una mujer. Era la *Ciguanaba*. Su pelo era tan grande que le arrastraba. Entonces ella agarró su pelo y se lo enrolló a él en la cara, en el cuello, en todo... Dicen que Catarino se quedó allí sentado.

Cuando se levantó, tomó su cántaro vacío y no llevó el agua. Mi tía dice que cuando él llegó, ella se extrañó, porque sólo tiró el cántaro, y siguió recto para el monte. Ella lo llamaba, y entre ella más lo llamaba, él más corría. En esos momentos ya eran como a las cinco de la mañana, pero no regresó sino hasta como a las diez de la mañana. Lo raro que traía, eran los ojos saltados y bien brillosos. También estaba bien atemorizado, como si alguien le quería hacer daño. Mi tía ya le tenía listo su desayuno y se lo sirvió. Él le dijo que le quitara esa comida de la mesa. Dijo que le habían prohibido comer, y apartó la comida con desprecio. Pasó como tres días sin comer nada. El día que comió, mi tía le había servido carne, frijoles, tortilla y todo, pero él dijo que le habían prohibido comer carnes, y que sólo iba a comer tortillas con sal. De ahí en adelante, sólo eso era su comida: tortillas con sal.

Se puso bien delgadito, delgadito. Ya ni se quitaba la barba ni el pelo. Se mantenía todo peludo. Se tiró como al abandono. Después se puso peor, porque se volvió agresivo. No quería que nadie les visitara, sólo pasaba encerrado en su cuarto. Mi tía dice que, en el cuarto, se ponía a hablar o a cantar, pero no se le entendía nada. Salía corriendo como desesperado y diciendo que lo llamaban. Una vez, mi tía le preguntó que si quién lo llamaba. Él le dijo que era la mujer con la que se había bañado. Catarino tiraba todas las cosas de la casa y decía que eso no le gustaba a ella. Por último, corría a las gallinas o las mataba, y las iba a tirar lejos. Él decía que en esa casa nadie debía comer carne, porque estaba prohibido. Él nunca más volvió a comer carnes, nada. Perdió toda la memoria, apedreaba a todos los animales: perros, gatos, coches, cerdos, etc. Mi tía ya no lo dejaba salir del cuarto, porque era muy peligroso. Vecinos o amigos no los dejaban llegar por miedo a su reacción. Entonces, mi tía se recordó del día que Catarino no había llevado agua. Mi tía quiso curarlo, lo llevó adonde una curandera. Le hicieron baños de *siete montes*, pero nunca se mejoró. El baño de siete montes es un baño que es una mezcla de siete hierbas. Le dieron muchas tomas y baños de toda clase, en vano. Ya al final, le daban ataques o desmayos de la debilidad. Catarino murió como diez años después. Se lo ganó la *Ciguanaba*.⁸⁴

Creencias parecidas, acerca de locuras y enfermedades causadas por las sirenas, perviven todavía en lugares como Perú, de donde proceden estas tres leyendas:

En la playa de Ancón, que está a cuarenta y cinco kilómetros al norte de Lima, mi tía tiene una casa. Y nos contó que un día vino un marinero, vino solo, sin sus amigos, sin

84 Darline HERNÁNDEZ VÁSQUEZ: «Mitos, leyendas, y cuentos de América Latina», *Literatura tradicional sin fronteras*, pp. 107-136, pp. 112-113.

barca, sin nada, llegó a la playa agarrado a un tronco, llegó hasta la orilla nadando. Pero llegó como loco, tonto, no conocía, no sabía dónde estaba, no reconocía a su familia. Lo único que tenía en la mente eran mujeres que habían visto ellos en el mar. Decía que eran muy guapas, que ellos estaban en la barca, han pescado normal, y han escuchado unas melodías que nunca antes habían escuchado, preciosas, suaves, una melodía muy suave. Y se han quedado sorprendidos, preguntándose de dónde venía eso. Y han visto tres mujeres en el mar. Y como que los hipnotizaron, se quedaron encantados con lo bonitas que eran. Y la barca comenzó a moverse de un lado para otro. Y han caído estos hombres al mar, y las mujeres se han tirado encima de ellos. Y este marinero que cuenta esto se ha podido salvar porque se agarró a un tronco, y los demás hombres desaparecieron. Y cuando él volteó, no estaban ni las mujeres ni los hombres. Y nunca más se supo del resto de los marineros.

En la misma playa de Ancón hay también una escultura de una sirena de bronce igualita que la de Copenhague. La sirena está sentada en unas piedras, y cerca está el muelle de los pescadores. Se dice que un hombre se iba en dirección al muelle a trabajar, a pescar, y que ha visto a una mujer de pelo largo, acariciándole los cabellos a la sirena de bronce. Cuando la mujer ha visto a este hombre, y el hombre también la ha visto, se han visto los dos, la mujer se tiró al agua. El hombre se desmayó, y, al despertar, la mitad del cuerpo la tenía paralizada con hemiplejía.

Dicen que las sirenas son guapísimas, y que tienen los dientes puntiagudos, como los pescados.⁸⁵

En Haití, las creencias –y los miedos– acerca de sirenas están tan vivas que mucha gente piensa que, cuando alguien adquiere fortuna de manera repentina y poco explicable, es porque le ha robado a la sirena el peine que procura la fortuna:

Cada río de Haití tiene su jefe: se llama *Jefe del Agua*. Ciertos lugares están habitados por reinas o sirenas. Alrededor de cada sirena viven anguilas que llevan muchos aretes de oro. La sirena y su cortejo de anguilas salen solamente de noche. Ella se peina fuera del agua cada noche con un peine nuevo, completamente de oro. Ciertas veces, olvida su peine, y la persona que lo encuentra o lo roba vuelve a ser rica. Conocí a personas de quienes se ha dicho que han encontrado el peine de la sirena, y por casualidad son personas ricas.

Hay personas que se ponen al lado del agua al anochecer, para ver llegar a la sirena, y así robar el peine. Ciertas personas han sido cautivadas por la sirena que las lleva por debajo del agua. Dicen que es un lugar muy bonito y que hay de todo: luz, comida, etc. Hay personas que no quieren volver y hay otras que han vuelto a la tierra. Si uno quiere volver a la tierra, tiene que hacer al revés todo lo que pide la sirena. Por ejemplo, ella te pide de llevarle el peine, tú le llevas el espejo; te pide agua para tomar, tú le llevas un plato de comida. En lo contrario, te guardará para siempre ella.⁸⁶

85 José Manuel PEDROSA: «Una colección de leyendas urbanas de Lima (Perú)», *Revista de Folklore* 220, 1999, pp. 132-140, núms. 3, 4 y 5.

86 Edgard GOUSSE: «Mitos y leyendas de Haití», en *Literatura tradicional sin fronteras*, pp. 85-106, pp. 103-104.

En la tradición rural argentina, las creencias en sirenas se asocian a veces a las de tesoros escondidos, alrededor de los cuales se considera que aparecen muchas veces seres fabulosos:

—Cuando yo fui a buscar agua, estábamos en Panguipulli, y allí sacábamos agua de una vertiente que salía heladísima, limpia, pero ese día fui a buscar agua para lavar ropa, fui a buscar un balde de agua en la playa, y ahí había como tipo de isla así, una roca, y vea una chica peinándose con un peine al sol bien amarillito. Le digo: «Papá, hay una chica peinándose arriba en la roca». «¿Adónde?», me dice él. Lo va a mirar y ni noticia, nada, no salió más la chica, no se vio más.

Y después, no sé qué día, fui otra vez, qué fui a hacer, cuando uno es chica juega, corre. Íbamos corriendo con mis hermanos, éramos todos chicos, y veo un ternero donde estaba la chica, ahí. Era manchadito, holandés, y le digo: «Mire, papá, hay un ternero». Y me dijo: «Déjalo, eso debe ser algún entierro que hay por ahí. Un entierro tiene que ser». Y me dijo: «¿Te animas a irlo a marcar?». «No», le dije, «por favor, no quiero ir nunca más a ningún lado. Nunca más quise ir donde estaba el ternero ahí, ni a buscar agua a la playa».

—El ternero se veía dentro del lago?

—Estaba muy paradito en la roca, la roca era como una isla. Ahí mismo había visto a la chica peinándose. Entonces me dijo mi padre: ésa es la sirena del lago, la chica, debe ser la sirena que sale del lago a peinarse. Después de un tiempo, pasaría como un mes, dos meses sería, sacaron un entierro, un entierro pero así de grandote. Una palangana pero grande, tenía plata.

—¿Por qué aparecía una sirena?

—Dicen que la plata cuando ya está encima sale de todas formas, sale vestida de mujer, de animales, de todo...

—¿Usted vio la cola de la sirena?

—No, vi que se peinaba *nomás*, y después no quise saber nada, le agarré miedo, yo salía a veces a dar una vuelta en bote, remaba, a veces solía pescar yo, pescaba salmones. Los que sacaron la plata se fueron lejos, se tienen que ir lejos.

—¿Qué se contaba de la sirena?

—Nada, eso, que era un entierro.⁸⁷

Las tradiciones locales de muchos países siguen conservando creencias y recuerdos de signo muy variado acerca de las sirenas. Sucede en España, donde en las regiones asturiana y catalana se han mantenido las siguientes leyendas:

En los pueblos de la costa creen en la existencia de la sirena, la cual «de medio cuerpo hacia arriba es mujer, menudina y guapísima, y de medio cuerpo abajo es pescado». Las canciones populares acusan la supervivencia de este mito greco-romano:

87 Graciela Beatriz HERNÁNDEZ: «La temática de *El tesoro escondido* en la narrativa oral», *Revista de Folklore*, en prensa.

En el medio de la mar
 óf cantar la serena:
 ¡válgame Dios, qué bien canta
 una cosa tan pequeña!⁸⁸

La sirena catalana fue, al principio, una mujer como cualquier otra, pero particularmente hermosa. Habitaba en un pequeño pueblecito de la costa y solía pasar largas horas sentada frente al mar, entregada a dulces e íntimos pensamientos. Rechazaba sistemáticamente a todos sus pretendientes porque ella, consciente de su gran belleza, «no es volia casar amb cap home que no fos tant brau i tant valent como era la mar».

Cierto día, en una pequeña barca, se alejó bastante de la costa y sus padres la esperaron inútilmente. Al parecer, la barquita naufragó y la doncella pudo casarse al fin con el mar. Con el paso de los años, la mitad inferior de su cuerpo se recubrió de escamas, convirtiéndose así en una sirena.

La noche de San Juan, de tanta significación en el folklore catalán, tiene también su importancia para las sirenas. En algunos pueblos de la costa gerundense existe la tradición de que al llegar esa noche las sirenas acuden a la playa y se envuelven en maravilloso velos. El mortal que logre apoderarse de esos velos, siquiera sea de un fragmento, tiene asegurada la felicidad para toda la vida.

También las sirenas tienen su reina. Aparte de ser la más hermosa, se distingue porque lleva en la cola un fantástico anillo incrustado en piedra preciosas que se quita al llegar a la playa y que vuelve a colocarse cuando vuelve a lanzarse al gua. Eso es, por lo menos, lo que asegura una leyenda de Bagur...⁸⁹

En el pequeño y discreto claustro del monasterio de San Pedro de Galligants [en Gerona], hay un capitel único y maravilloso. En uno de sus cuatro costados se representa, repetida, la figura de una sirena. Pero no es la habitual sirena que se conoce por las imágenes populares que la representan siempre como una mujer con las piernas sustituidas por una cola de pez. La sirena de Galligants no tiene una cola: ¡tiene dos! No es un caso único en la iconografía medieval, pero sí que es un caso muy poco habitual, del cual hay pocos ejemplos. La sirena, con las costillas marcadas y con una larga cabellera, está sobre las aguas, aguantando con las manos los extremos de las dos colas de pez que, saliendo de su cuerpo, se doblan hacia arriba. Al inicio de cada una de las colas hay un dibujo grabado que no es claro si representa dos ojos o dos sexos...

88 Aurelio DE LLANO ROZA DE AMPUDIA, «La sirena», *Del Folklore asturiano*, 3ª ed. Oviedo, CSIC, 1977, p. 51.

89 Javier TOMEYO y Juan Mª ESTADELLA: *La brujería y la superstición en Cataluña*, Barcelona: Géminis, 1963, pp. 144-145.

En realidad, no hay ninguna leyenda que se conozca sobre esta sirena, pero su presencia fascinante, su personalidad única, y su extraña significación obligan a considerar a la sirena de Galligants como uno de los símbolos distintivos de la ciudad de Girona.⁹⁰

En la tradición chilena, son innumerables, además de extraordinariamente interesantes, las leyendas que se siguen contando acerca de sirenas. He aquí algunos ejemplos:

En Jasjara, hay un estanque de aguas profundas consideradas maléficas. Está habitado por Sirenas, éstas son apariciones. En las noches se oye música indefinible. Si se deja una guitarra desafinada, al día siguiente aparece a punto para ejecutar un concierto.

Cuando los españoles fundan por primera vez la ciudad de La Serena, ven en el mar poblado de gritos y gemidos acuáticos. Las Sirenas o Serenas, de donde se le puso por nombre a este pueblo La Serena.

Entre San Lorenzo y Cabildo hay un cerro llamado La Sirena, en el cual se aparece, en las madrugadas, una bella mujer que se para sobre una piedra muy grande y se peina con una peineta de oro que relumbra como una estrella.

En el cerro La Sirena, en la quebrada del Sapo, sale una neblina como un gran copo que recorre la loma La Turca y se pierde en la quebrada El Carhunco. Vuelve a aparecer en la quebrada Del Sapo y hace el mismo recorrido. Esto dura más de media hora, mientras la bella dama de la peineta de oro se baña en una vertiente que hay junto a la gran roca.

La Roca de la Sirena. En Matanzas mora una niña de nombre Isabel a la cual todos admiran, pero nadie del pueblo rinde de amor. Un día, el capitán de un barco que venía de lejano, la conquista y cuando se supo que se casaba se alzaron los sortilegios por intermedio de un despechado que recurre a una bruja, que a la niña encanta, convirtiéndola en roca marina y junto al mar está.

Por las noches reencarna y ayuda a los que se extravián a encontrar la senda, y que es propicia a los navegantes.

La *Cueva del Peregrino* se encuentra en una roca que sirve de límite a la playa de Potrerillos. Nunca se ha podido explorar, porque el mar, muy bravo en esta región, la defiende.

Hace mucho tiempo existió un individuo que, por sus costumbres depravadas, se hizo insoportable a las autoridades y a la gente que lo rodeaba, y pensaron imponerle un castigo. Después de deliberar detenidamente, acordaron darle muerte botándolo al mar.

Un día salieron con él mar adentro, y muy lejos de la playa lo arrojaron al agua. No sabía nadar e irremediamente moriría. Pero nadie sabe cómo las olas lo llevaron vivo a aquella roca, y cómo en esa cueva inexpugnable vivió muchos años, sin alimentos ni vestiduras. El mar fue su cómplice y se cree que las sirenas lo protegieron.

90 Carles VIVÓ: *Llegendes i misteris de Girona*, Girona: Diputació-Caixa, 1989, pp. 40-41.

En el grupo de unión de los ríos Achibueno y Perquilauquén, existía una gran roca que sólo se podía apreciar en verano, ya que en invierno las aguas la cubrían totalmente. En esa roca se sentaba al atardecer una hermosa sirena rubia que peinaba sus cabellos con un peine de oro. Esta sirena representaba la fecundidad del lugar, y ningún ser humano había podido observarla de cerca, pues cada vez que creían lograrlo, la sirena desaparecía.

Cierto día de mucha calma en el verano, sobrevino una violenta tempestad, los vecinos aseguraban que grandes carretas cargadas con los tesoros de la sirena habían partido del lugar hacia otro destino, la sirena desde esa fecha no se vio. Desde este día, la ruina se apoderó del lugar y nunca más ha vuelto a ser lo que era.

El Cerro Name. En Parral, el cerro Name tiene al pie una laguna que es como mar, y el cerro semeja un toro junto a la orilla. Name fue un gran señor que a una Sirena vino a buscar, y se encantó, y hoy está echado como un animal. Ella es la reina de este lugar. Sólo la luna puede mirar a la Sirena cuando en la noche sale a peinar sus trenzas.

Cerca del río Cato, en un aparte alejada del camino, sale en las tardes de los jueves una niña muy hermosa que tiene los cabellos de oro y canta con muy linda voz. Algunas personas, atraídas por el canto, se internan en la montaña en donde está la Sirena, y no vuelven más. No se sabe lo que sucede.

La Pincoya (voz quechua o aimará: significa princesa o esposa del Inca) es una sirena o ninfa que a veces anda acompañada por su marido, el Pincoy. Ambos son rubios. En algunas ocasiones, abandona el mar y excursiona por ríos y lagos.

Su misión es fecundar los peces y mariscos bajo las aguas y de ella depende la abundancia o escasez de estos productos.

Atrae o aleja de la costa a los peces y mariscos.

Cuando un pescador ve de mañana surgir de las profundidades de las aguas a la Pincoya, y ésta danza en la playa mirando hacia el mar extendiendo sus hermosos brazos, hay alegría en todos, porque este baile es anuncio de pesca abundante. Si danza mirando hacia la costa, alejará a los peces.

Si la Pincoya no favorece con pesca a un lugar, quiere decir que ha arrastrado la abundancia a otro más necesitado.

Para ser favorecido por la Pincoya, es necesario estar contento. Por esto los pescadores se acompañan de amigos y amigas alegres y reidores.

Si se pesca o marisca con mucha frecuencia en el mismo lugar, la Pincoya se enoja y abandona aquel frente, que luego queda estéril.

El año ... ven muchos indios y españoles en el mar de Chiloé que se acerca a la playa una bestia que, descollándose sobre el agua, muestra por la parte anterior cabeza, rostro y pechos de mujer, bien agestada, con cabellos o crines largos, rubios y sueltos; y en sus brazos un niño.⁹¹

91 Oreste PLATH: *Geografía del mito y la leyenda chilenos*, Santiago: Nascimento, 1973, pp. p. 17, 59, 69, 158, 189, 206-207, 210, 223, 359-360 y 380.

Sobre la Pincoya, la mítica «sirena» de la isla de Chiloé, sobre la que se escribieron algunos de los párrafos anteriores, se ha dicho también lo siguiente:

Diosa de la fertilidad de las especies marinas. Es bellísima y sensual. Vive con su esposo, el Pincoy. Tiene un maravilloso traje de hojas de sargazo, con un cinturón de huiro que a la luz de la luna brilla como el oro. Rubia de abundante cabellera. El Pincoy y la Pincoya corren por la playa. De pronto el Pincoy canta una extraña canción, y la Pincoya inicia un sensual baile. Si baila mirando al cerro de la costa, la playa de aquel lugar se volverá estéril. Pero si lo hace mirando al mar, la abundancia de peces y mariscos se presentará en roqueríos y cardúmenes interminables pasarán por los canales. El Pincoy es muy varonil y seduce a las jóvenes mariscadoras, pero los engendros de éstos no cuajan en seres humanos sino en focas, o niñas con cabeza de foca.⁹²

Alguna de las interesantísimas leyendas acerca de sirenas que atesora la tradición argentina –muchas de las cuales fueron recogidas por la gran folclorista Berta E. Vidal de Battini– ha desfilado ya por estas páginas. Entre la treintena de versiones que publicó la gran recopiladora reproduzco ahora dos más, procedentes de las provincias de La Rioja y de Santiago del Estero:

Cierta vez iban por un camino unos hombres con un arreo. Alojaron, en una noche, en una quebrada, y por un portezuelo se les salieron las mulas y tomaron por la orilla de una laguna. Y no les encontraron más rastros durante tres días. Al cuarto día, el marucho llegó a la laguna y donde halló en la orilla una sirena, dueña de una gran riqueza. La sorprendió desnuda, peinándose. Quiso tirarse al agua, y no le dio tiempo el marucho, y la habló. La saludó y le preguntó ella qué andaba haciendo. El marucho le dijo que andaba en busca de las mulas. Entonces ella le dijo que las tenía en su finca. Que no le diga a ninguno de los compañeros y que vuelva al día siguiente a la madrugada. Que ella estaría transformada en vaca muy mala. Estaría en la orilla de la laguna, y en cuanto él asome al portezuelo, ella lo iba a atacar, pero que no tenga miedo, que la atropelle también él, que la agarre de las astas y no se deje vencer.

El muchacho, en lugar de hacer lo que le indicó la sirena, que atropellara la vaca, en cuanto lo atropelló la vaca tomó disparando de vuelta hasta el lugar donde se encontraban los compañeros. Muy enfermo estuvo todo el día, tirado en cama, haciéndose el enfermo por ver si la encontraba de nuevo a la sirena, al día siguiente. Al otro día a las doce fue de nuevo a la laguna, pero ya no la encontró más a la sirena, y la tropa de mulas estaba *pas-tiando* a la orilla de la laguna. No pudieron viajar ese día, pero al siguiente, el muchacho

92 Marcos URRRA SALAZAR: *Análisis funcional y semántico de la narrativa oral del sur de Chile. Archipiélago de Chiloé. Estudio comparativo con relatos orales europeos* tesis, Madrid: Universidad Complutense, 1991, pp. 412. Véase además la descripción de las sirenas que el mismo autor hace en p. 413: «Doncellas de extraordinaria belleza, libidinosas y de encantos irresistibles. Hacen perder el juicio a los marinos que escuchan su canto. Si un marino las ve y descubre su mitad pez, el galán se decepciona y la sirena llora, y entre sollozos le cuenta su desgracia. Si el cándido la escucha, es arrastrado al fondo del mar, donde queda prisionero al servicio de sus caprichos».

volvió a buscar la sirena en la laguna, pero ya no encontró ni laguna ni nada. Tan sólo había sierras y lugares desconocidos que él no había visto nunca. Mientras tanto, los otros compañeros no podían viajar porque cuando se levantaron ya no estaba el compañero, y a gatas, a fuerza de gritos, pudieron encontrarse con él. Y recién le contó al patrón y a los compañeros, que se lamentaban porque no les avisó antes. Y el muchacho se volvió loco pensando en la sirena.

Mayumaman es la madre del río.

Cuenta la gente que cuando está crecido el río, en un lugar, siempre por lo general es un lugar donde no se arrima la gente, en un lugar de difícil acceso, donde hay, en alguna curva así, cerrada, que dice que ella sale al costado, afuera, y se está peinando. Se peina con el espinazo del pescado. Lo usa como peine. Tiene cabello largo, cabello rubio. Ella es rubia, dicen. Y cuando la alcanzaron a ver, entra, se pierde en el agua. La gente le tiene miedo porque puede llevarlos.⁹³

Extraordinariamente interesantes son los relatos acerca de sirenas que siguen vivos entre los nativos de cultura quechua del Perú. El siguiente relato procede de las alturas de Caylloma, en Arequipa:

Hay también historias sobre la sirena [*sirina*]. Sirena [*sirina*] le dicen aquí en Caylloma. Las sirenas viven en las caídas escondidas de agua o en las lagunas o también en algunos ríos donde hay ranas y se forman lagunas. Allí viven, en lugares oscuros donde hay ríos.

La llamada sirena es una mujer hermosa, grande y de buenas carnes, o mediana, pero con una cara linda, un pelo hermoso, tiene senos y también brazos; en la parte de abajo, sus pies son como los de un pez, tiene aletas de pez.

Se te aparece vestida de una forma hermosa o a veces también desnuda, con la apariencia de una joven hermosa. Por ejemplo, si eres un pescador de truchas y vas a un río a pescar, a veces te encuentras solo en una *mala hora*.

Entonces allí, hermosamente sentada sobre una peña, en medio de un río, está una buena joven, una hermosa joven, peinándose la cabeza. Es la sirena. Si ella te ve entonces te llama:

–Ven –te dice–. Ven, aquí estoy, soy tu mujer.

Y si tú no dices «Jesús» y no piensas en tu Dios te acercas a ella y desapareces rápidamente.

Para tu vista es hermosa, para tus ojos está hermosamente sentada sobre una peña. Pero no es una peña, sólo para tus ojos lo es, pero no es así. Cuando te acercas desapareces con ella en el río.

Dicen que en el interior profundo y oscuro de esos ríos está el pueblo de las sirenas. Allí te lleva y desapareces para siempre, cuerpo y alma. Allí dentro vives junto a la sirena. Dicen que en el interior hay también aire, así, vives allí con la sirena.

93 Berta E. VIDAL DE BATTINI: *Cuentos y leyendas populares de la Argentina* VIII, Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas-Ministerio de Educación y Justicia, 1984, núms. 2068, p. 426, y 2064, p. 422.

Hay muchas historias sobre la sirena. También dicen que ocurre lo mismo en las lagunas. Al borde de las lagunas las sirenas se lavan o están allí tendidas convertidas en jóvenes. Sus piernas ya son como las de una joven, así convertida es igualita a una jovencita. Igualita, sus piernas, todo. Allí la encuentras durmiendo desnuda. A veces está cubierta con una sábana blanca, con algo así, de mucha claridad, está cubierta y duerme. Tú te acercas, a veces te antojas y vas con la idea de *tirártela*, entonces inmediatamente desapareces para siempre.

También está en las cataratas de agua, allí donde sale agua desde lo alto de las peñas. Allí se te aparecen de la misma forma. Pero siempre que hables con la sirena, desapareces. ¿Con qué te engaña? Canta, canta lindo. ¿Con qué más te engaña? Baila, baila lindo cualquier música, música de ahora también.

Así me han contado. Antiguamente, los que cantaban, los buenos cantores, hombres o mujeres jóvenes, si querían cantar bien iban y, a escondidas, sin dejarse ver, escuchaban los cantos de la sirena. Aprendían sus cantos y después, ese o esa joven cantaban igual.

Si tú o cualquiera quiere aprender a tocar bien la quena o cualquier otro instrumento, como el rondín o el órgano, entonces debes ir allí donde has visto a la sirena y dejar allí tu instrumento. Lo dejas dos días o un día y medio cerca del lugar donde has visto a la sirena. Después vuelves a traer tu instrumento. Entonces. Antes no podías tocar, ya sea una guitarra, una mandolina, un charango o cualquier otro instrumento; pero después, apenas pasan tus manos por el instrumento, solito empieza a tocar, así como lo que ahora dicen grabadora, así sin saber cómo, comienzan a venir melodías a tu cabeza. Y mientras tocas y tocas te salen las melodías, te conviertes en un buen músico. Y así, cuando ya eres un buen músico, eres muy querido por las jóvenes, las mujeres y también por las personas que te contratan.

La sirena es como decir familia del demonio. Hace que te paguen bien porque a la gente le gusta lo que tocas, tocas excelentemente y por eso te pagan bien.

Ese instrumento que está *sirenado*, encantado por la sirena, lo puedes llevar al interior de un pueblo para tocar para un alferado, uno de esos que para los *cargos*. Ese hombre te puede obligar a tocar en el interior de una iglesia.

Si llevas tu instrumento al interior de una iglesia, entonces tu instrumento se parte, así, como si fuera un papel, se desgarran. Se raja y se parte por todos lados. Ya no suena igual.

Pero si no lo llevas a una iglesia y duermes con tus compañeros músicos, entonces el instrumento, como si fuera una persona, habla, ronca: «qorr qorr». Si es una guitarra dice: «trinn». Cuando todos están durmiendo y dejas el instrumento sobre una mesa, al llegar la *mala hora*, si es un rondín comienza a sonar: «*tlin tlin*», suena igual, así como si fuera un reloj; si es una guitarra suena «*tlinnnn*». Suena como si alguien la estuviera tocando en esas horas. Da miedo ese instrumento. Sí, da miedo, por eso dicen que está sirenado.

La sirena agarra ese instrumento y se pone a tocar y tocar de todo. Todo queda en el instrumento como si hubiera sido grabado. Por eso es que los instrumentos encantados por la sirena tocan lindo.

En la provincia de Caylloma mucha gente ha sido encantada por la sirena. La sirena encanta a los músicos o a la gente que quiere hacerse rica, a los que quieren tener muchas mujeres o las que quieren tener muchos hombres. A esas personas encantadas les llega en algún momento la hora en que se los lleva. ¿Por qué? Porque la sirena les ha ayudado. Cuando esa persona estuvo encantada por la sirena pudo hacer muchas cosas. Ha hecho de todo, ha trabajado, algunos incluso han robado o matado o cualquier otra cosa según

sea lo que pidieron a la sirena. Entonces, en cualquier momento, la sirena se llevará a esa persona como pago por el favor que le ha hecho.

En Caylloma muchos son los que así han muerto. Hubo un señor de Sibayo, del que no recuerdo bien su nombre, pero era de aquí, de Caylloma. Era un señor algo mayor que tocaba el arpa. Este hombre, así, descuidadamente, apenas a las justas agarraba el arpa, y el arpa inmediatamente se ponía a tocar. La gente se admiraba de este hombre: «cómo es que este artista puede tocar tan bien», decían. Aunque era un hombre algo viejo, hasta las jóvenes se enamoraban de él por lo hermoso que tocaba.

También hubo uno que tocaba el bajo. Ése, muy borracho, se ponía el instrumento en la boca y tocaba mejor que todos los demás.

Después murieron, o sea su instrumento se envejeció y ellos también murieron. Porque tiene que morir junto con su instrumento. Su instrumento se envejece y también el que lo toca muere, se enferma, se cae, o a veces también, mueren mientras tocan.⁹⁴

En otra tradición hispanoamericana, la de Paraguay, se cuenta lo siguiente:

Cuando mi tía se casó, los novios se fueron de luna de miel y me llevaron a mí, y yo tenía siete años. Me llevaron a las orillas del lago Cuicocha, y dicen que en ese lago por la noche sale una bruma y que se oyen los cantos de las sirenas. Están muy lejos, pero son muy bonitos. Hay dos montañas, dos islas, en el centro del lago, y la bruma se posa allí. No hay bruma en el resto del campo. Y por la noche salen las sirenas. Dicen que eran preciosas.⁹⁵

La siguiente leyenda es del pueblo de El Jicaral, San Miguel, en El Salvador:

En el pueblo de Uluazapa, hay unas posas. Es un río que tiene unas cataratas, son cinco cataratas. La última de ellas es la más alta de todas. El agua cae como de unos veinte metros de altura. El agua cae en pura roca. Abajo hay una piscina natural, grande y profunda. Es tan profunda que nadie le puede dar fin. Dicen que a esa posa le pusieron *el salto de la sirena* porque ahí salía una muchacha encantadora. Dicen que a los hombres que iban a bañarse solos allí, una sirena se les aparecía en la parte bajita y comenzaba a llamar al hombre. Comenzaba a seducirlo con algo en la mano, una manzana, creo. Y cuando el hombre se iba acercando para coger la fruta, para hablar con ella, ella se iba a lo profundo. Cuando ella estaba en lo profundo, el agua hacía un remolino y ese remolino se tragaba al hombre y desaparecía. El hombre desaparecía y nunca se volvía a encontrar, ni muerto ni vivo. Eso es el Salto de la Sirena.⁹⁶

94 Andrés CHIRINOS RIVERA y Alejo MAQUE CAPIRA: *Eros andino*, Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 1996, pp. 164-170.

95 Leyenda recogida por mí el 11 de junio de 2002, a Wladimir, de 25 años, de Paraguay.

96 HERNÁNDEZ VÁSQUEZ: «Mitos, leyendas, y cuentos de América Latina», *Literatura tradicional sin fronteras*, pp. 107-136, p. 128.

Tampoco en Cuba son desconocidas las leyendas acerca de sirenas. En el célebre *Cimarrón* (1967), el relato que recoge las memorias y confidencias de Esteban Montejo, antiguo esclavo prófugo que tenía 103 años cuando comenzó a ser entrevistado, en 1963, por el escritor Miguel Barnet, se da esta sugestiva descripción de su aspecto y de sus inclinaciones:

Las sirenas eran otra visión. Salían en el mar. Sobre todo los días de San Juan. Subían a peinarse y a buscar hombres. Ellas eran muy zalameras. Se ha dado el caso muchas veces de sirenas que se han llevado a los hombres, que los han metido debajo del mar. Tenían preferencia con los pescadores. Los bajaban, y después de tenerlos un cierto tiempo, los dejaban irse. No sé qué *preparo* hacían para que el hombre no se ahogara. Ésa es de las cosas raras de la vida. De lo que queda oscuro.⁹⁷

También de Cuba es el siguiente testimonio acerca de estos míticos seres:

La sirena es una mujer muy bella que sale por allá por la costa, y hace el amor con los hombres. Pero esto es en secreto. Los pescadores que lo hacen y no lo ocultan, pierden una parte del cuerpo.⁹⁸

Pero no es sólo en los países de tradición hispánica donde se han mantenido vivas las creencias y leyendas en torno a sirenas. De lo internacional de su arraigo pueden dar testimonio otros textos recogidos en otros continentes. En la tradición popular de Marruecos tienen una versión propia del mito de la sirena:

Es Aixa kandixa una seductora mujer encantada que habita en los ríos de ocultas orillas y aparece en los lugares alejados, ofreciendo agua al caminante solitario. Se casa con todos los hombres con quienes se encuentra y le gustan. Al querer poseerlos los atrae con dulces insinuaciones hasta subyugarlos, obligándoles a seguirla hasta el río que habita, donde los ahoga. Se la conoce por sus pies en forma de pezuña y por los largos dedos de sus manos delicadas.⁹⁹

Dos de los textos recogidos dentro de la magna colección de leyendas árabes que publicó –en francés– René Basset están protagonizadas por sirenas:

El jeque Abu l'Abbás el H'idjazi cuenta esto que sigue, según lo relató un mercader. Un año, un pez enorme se dirigió hacia él. Le atrapa por una agalla, lo engancha con el hilo,

97 Miguel BARNET: *Cimarrón*, Madrid: Siruela, reed. 2002, p. 125.

98 María del Carmen VICTORI RAMOS: *Cuba: expresión literaria oral y actualidad*, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 1998, p. 92.

99 Mohammad IBN AZZUZ AKIM: *Diccionario de supersticiones y mitos marroquíes*, Madrid: CSIC, 1958, p. 8.

y lo saca del agua; su agalla se abrió y salió una hermosa joven, graciosa, blanca, de cabellos negros, de mejillas coloradas, de ojos negros, la mujer más hermosa que sea posible imaginar. Desde el ombligo hasta la mitad de la pierna tenía una especie de vestido que la cubría por delante, y por detrás caía como un velo. Los hombres la llevaron a tierra. Ella se puso a resoplar con su rostro, a arrancarse los cabellos, a morderse las manos, a chillar como una mujer. Acabó muriendo delante de ellos, y su cuerpo fue arrojado al mar.

Ibn Zoulaq cuenta en sus *Anales* que un español de Algeciras pescó una jovencita de hermoso rostro, de cabellos negros, mejillas rojas, ojos bien rasgados, parecida a la luna en la noche de su plenitud, llena de encantos. La ocultó en su casa durante años y la amó apasionadamente. Tuvieron un hijo que alcanzó la edad de cuatro años. Entonces quiso marcharse y llevarlo consigo. Cuando estaban en mitad del mar, ella cogió a su hijo y se arrojó al agua con él. Poco faltó para que el marido se arrojara detrás de ella, tan afligido se quedó, pero la gente del barco se lo impidió. Al cabo de tres días, ella apareció, arrojó una gran concha que contenía perlas, y luego saludó a su marido y le dejó.¹⁰⁰

Las leyendas acerca de sirenas que perviven en las culturas del centro de África son abundantísimas y están llenas de interés. Así sucede, por ejemplo, entre los wolof de Senegal:

En las regiones costeras se habla de la existencia de sirenas, pero no se trata de una mujer pez, es un *lamentin*, es una suerte de hipopótamo, que tiene senos y canta. Por esta razón entró en la mitología como si fuera una sirena. Se cuenta que es una princesa que se suicidó.¹⁰¹

La siguiente es una leyenda acerca de sirenas perteneciente al repertorio oral de los bubis de la isla de Bioko, en Guinea Ecuatorial. Aborda, una vez más, el motivo –bien conocido también en otras tradiciones, como revelaba el cuento de *La ninfa acuática* (AT316) que conocimos anteriormente– del sacrificio de una niña o joven solicitada como don por la sirena:

Eran tiempos difíciles. En aquel pueblo no había agua, y la gente se lavaba con el polvo seco que se amontonaba en el suelo. Fue en estas condiciones que una mujer dio a luz; y, cuando su abuelo le explicó que debía bañar a su hija con el polvo del suelo, se negó a ello. El viejo replicó: «¿Para qué crees que las gallinas se revuelven en el polvo durante la estación seca? Para limpiarse. Eso es lo que debes hacer con tu hija, puesto que el mar queda muy lejos».

100 Traduzco de René BASSET: *Mille et un contes, récits, légendes arabes*, 3 vols., París: Librairie Orientale et Américaine Maisonneuve Frères, 1924, vol. I, p. 192, núm. 58, y vol. I, pp. 209-210, núm. 68.

101 Marcelo AGUAYO: «Trabajo de investigación etnográfica: testimonios de Senegal, Guinea, España, Brasil, Uruguay y Chile», *Literatura tradicional sin fronteras*, p. 10.

La mujer preparó un barreño, lo llenó de arena y limpió a su hija con ella. No le gustaba aquella manera de bañar a la niña. Y, además, todo el pueblo estaba repleto de inco-modidades: no había agua, pero tampoco tenían cuchillos, ni platos, ni comida... Eran tiempos difíciles.

Así que aquella mujer cogió a su hija y se fue. Quería llegar al mar, donde tendría agua para lavarse y pescado para comer. Y, efectivamente, en cuanto llegó a la costa se puso a construir una casa. Entonces apareció una sirena, que le hizo una proposición: «Tendrás todo lo que puedes desear si accedes a darme a tu hija».

La mujer estaba horrorizada con una proposición tan poco afortunada. Pero la sirena seguía deleitándole los oídos con palabras dulces y promesas de ensueño. De tal manera que la mujer no se dio cuenta de que, mientras le hablaba, la sirena se había acercado tanto que pudo coger a su hija y meterse en el mar, donde se convirtió en un pez.

La mujer lloró desconsoladamente durante mucho tiempo. Y se arrepintió toda su vida de no haberse quedado en su pueblo, con su abuelo, a pesar de las dificultades.¹⁰²

La última leyenda que vamos a conocer, en nuestro recorrido tras las huellas y los ecos de las sirenas en tantos lugares y tiempos, vuelve a abordar el motivo del sacrificio de un ser humano a una sirena, y nos lleva, una vez más, a un escenario exótico: el de las islas Filipinas:

Hay un puente que se llama el puente de San Juanico, y que conecta las islas de Samar y Leyte, y antes de que hicieran el puente, la gente que iba a hacer el puente consultó a un brujo y el brujo dijo que había que ofrecer a una mujer virgen, porque había una *serena* que vivía en el agua entre las dos islas, y que estaba muy sola, por lo que pidió una don-cella virgen para no traer la mala suerte a la familia que iba a hacer el puente, que era la familia Marcos. La gente que trabajó para ellos y construyó el puente cree que el brujo arrojó a la chica a las aguas.¹⁰³

UNAS SIRENAS POP

Para finalizar este largo estudio, nada mejor que poner de relieve, una vez más, la capacidad de pervivencia y de actualización de nuestro viejísimo mito clásico a través de alguna de sus adopciones por un arte musical tan moderno como el *pop*, y en nuestro recién inaugurado siglo XXI:

Los cantantes de Eurythmics, Annie Lennox, y el hoy ideólogo de las *músicas del mundo*, Peter Gabriel, han compartido para un pequeño sello discográfico alemán, Roof Music, un proyecto hasta ahora inédito en sus extensas carreras: la grabación de un cuento musical.

102 Jacint CREUS, M^a Antonia BRUNAT y Pilar CARULLA: *Cuentos bubis de Guinea Ecuatorial*, Malabo: Centro Cultural Hispano-Guineano, 1992, núm. 60.

103 Versión recogida por mí a un informante de 25 años, entrevistado en Madrid el 30 de mayo de 1998.

The mermaid, la historia sobre las tribulaciones de una sirena para tener piernas como un ser humano, cuenta con las ambientaciones sonoras de una compositora germana, Annette Humpe, y las susurrantes declamaciones de Gabriel y Lennox, que apenas cantan unos pocos versos. Esta singular rareza discográfica también incluye la versión en lengua alemana, en su caso a cargo de dos artistas mucho menos populares, Christa Fast y Bela B.¹⁰⁴

Son muchas, muchísimas, innumerables, las sirenas literarias que, por razones de espacio, no han podido encontrar acomodo en estas páginas. Desde las de los tratados mitográficos medievales, hasta *La sirena negra* de Emilia Pardo Bazán,¹⁰⁵ y desde la *Mermaid* (1928) de William Butler Yeats o la *Ondine* (1939) de Jean Giraudoux, hasta las sirenas lejanamente evocadas en *El silencio de las sirenas* (1985), novela de Adelaida García Morales que parafrasea el título del cuento Kafka. Para no hablar de las infinitas sirenas que han poblado y que siguen poblando –y que quizás seguirán haciéndolo– las siempre inabarcables tradiciones orales de todo el mundo...

De algunas de las sirenas que no han asomado en este artículo encontrará el lector razonada descripción en los diversos y muy variados capítulos que conforman este libro. Las que falten, habrán de esperar otras ocasiones de hacer emerger sus cabezas de mujer y sus colas de pez entre las olas de papel impreso de los libros. O perderse en los vericuetos de la voz sobre la que durante siglos han sobrenadado hasta llegar a nosotros, igual que llegaron a nuestros ancestros, y como –ojalá– llegarán a nuestros descendientes. Hasta el día en que ellas –quizás al mismo tiempo que nosotros– se conviertan en espuma, como le sucedió a *La sirenita* de Andersen...

104 Fernando NEIRA: «Lenox y Gabriel, los cuentistas», *El País*, 26 de junio de 2002, p. 45.

